

Informe del Grupo de Sabios
creado por iniciativa del
Presidente de la Comisión Europea



*Cortesía de la Fondazione Laboratorio Mediterraneo**

Diálogo entre los Pueblos y las Culturas en el Espacio Euromediterráneo

Copresidentes del Grupo:

Assia Alaoui Bensalah
Jean Daniel

Miembros del Grupo:

Malek Chebel, Juan Diez Nicolas, Umberto Eco, Shmuel N. Eisenstadt,
George Joffé, Ahmed Kamal Aboulmagd, Bichara Khader, Adnan Wafic Kassar, Pedrag
Matvejevic, Rostane Mehdi, Fatima Mernissi, Tariq Ramadan, Faruk Sen, Faouzi Skali,
Simone Suskind-Weinberger y Tullia Zevi

El presente informe recoge exclusivamente la opinión del Grupo de Sabios y no refleja necesariamente
las opiniones de la Comisión Europea.

*La orientación de este mapa responde a las concepciones de los cartógrafos árabes de la Edad Media

Bruselas, octubre de 2003
Versión DEF

**Informe
del Grupo de Sabios**



RESUMEN

No es fácil considerar el Mediterráneo un conjunto coherente, olvidando las fracturas que lo dividen y los conflictos que lo desgarran: Palestina-Israel, el Líbano, Chipre, los Balcanes Occidentales, Grecia-Turquía, Argelia, los reflejos de otras guerras más lejanas, las de Afganistán o Irak, etc. El Mediterráneo está formado por varios subconjuntos que desafían o refutan las ideas unificadoras. Con todo, el conflicto no es, en el Mediterráneo, ninguna fatalidad ni predestinación. Esta constatación ha conducido al Presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, a instituir un Grupo de Sabios, que ha centrado su reflexión en el Diálogo de los Pueblos y las Culturas dentro del contexto más amplio de la globalización económica, la ampliación de la Unión Europea, la presencia permanente en su suelo de poblaciones y ciudadanos de origen inmigrante y las interrogaciones identitarias que estos cambios suscitan en una y otra orilla del Mediterráneo.

La ampliación de la Unión Europea la lleva a preguntarse simultáneamente sobre su identidad y su relación con el resto del mundo, comenzando por los países y regiones con los que mantiene vínculos de proximidad. La política de vecindad refleja plenamente este concepto: hacer de la Unión un elemento de vecindad -ciertamente con la responsabilidad particular de ser su polo de estabilidad – y, en consecuencia, procurar que mantenga con su «círculo de amigos» cercanos unos vínculos de mayor proximidad.

Los países del Mediterráneo que no pertenecen a la Unión Europea están, por su parte, expuestos a diversas fuerzas que se oponen a su vocación de formar un todo y hacer que se escuche la voz de sus pueblos. En la proximidad con su «vecino del Norte» – cuya potencia procede en gran medida de su unificación – pueden encontrar una apertura, igualmente fecunda, hacia unas relaciones mejores, más intensas y más igualitarias.

En las dos riberas del Mediterráneo la globalización se acompaña de mutaciones fundamentales. En un contexto de un desplazamiento generalizado de marcos y referencias establecidos por efecto de la fusión de pueblos e ideas – así como de los flujos de bienes y servicios –, el ritmo de esta evolución no siempre permite definir lo que se mantiene inalterado en las distintas «civilizaciones» en las que estas transformaciones se producen. Entre un fatalismo resignado a una mundialización esencialmente económica y un repliegue identitario excluyente, el único medio de construir, entre todos, un futuro común creativo es procurar conducir juntos la evolución. Para ello, deben reunirse dos condiciones: por una parte, buscar en el diálogo con el otro la fuente de nuevas referencias para sí mismos y, por otra, compartir con todos la ambición de construir una «civilización común» más allá de la legítima diversidad de las culturas heredadas. En pocas palabras, como nos invita Leopold Sedar Senghor, «vivir el particularismo hasta el final para encontrar en él la aurora de lo universal». Una civilización de este tipo tiene inevitablemente como horizonte lo universal, con su correlato la igualdad, mientras que un diálogo de esta naturaleza se nutre de diversidad, y de su correlato, el gusto de la diferencia.

De la toma de conciencia de esta necesidad nació la voluntad política de proponer una iniciativa vigorosa. La acción consiste en desarrollar un diálogo intercultural, no solo en el sentido tradicional del término, sino, sobre todo, en su acepción antropológica, que incluye todos los aspectos concretos en que se manifiesta una cultura práctica de lo cotidiano (educación, papel de la mujer, lugar e imagen de las poblaciones de origen inmigrante, etc).

La cultura, en esencia, es ámbito de igualdad entre todas las formas que pueda adoptar: constituye, pues, a la vez, el fundamento y el vector de una relación equitativa. La cultura, sin

embargo, es asimismo el lugar por excelencia tanto de las incomprensiones como de la prudente inteligencia: por lo tanto, es el espacio privilegiado de un trabajo en común, y entre iguales, para desarrollar y enriquecer una relación euromediterránea, todavía caracterizada por muchas prevenciones (imaginarios cruzados, papel de los medios de comunicación, etc) y denegaciones (de derechos, de dignidad, de libertad, de igualdad, etc) ¿Por qué favorecer esta relación? seguramente no para prevenir un muy hipotético choque de civilizaciones, sino más bien debido a la certeza de que ambas mitades del espacio euromediterráneo disfrutarán dentro de medio siglo de la experiencia diaria de sus grandes complementariedades: hoy de lo que se trata es de prepararlas. Estas complementariedades, que se están esbozando en la actualidad, corren peligro de no alcanzar ningún resultado deseado por todos si no se realiza ningún esfuerzo para acompañarlas de un ambicioso planteamiento de encuentro entre pueblos y culturas. El reto es histórico, luego capital desde el punto de vista político, por lo que urge darle respuesta.

¿Por qué la cultura como vector de diálogo en esta relación? Ciertamente no para convertirla en una panacea o un sustituto de las políticas existentes en la Asociación Euromediterránea establecida en Barcelona. Lo que se pretende, más bien, es involucrar a las sociedades civiles en soluciones dirigidas a poner fin a las discriminaciones que padecen, todavía con demasiada frecuencia, los ciudadanos europeos de origen inmigrante, a la situación persistente de injusticia, violencias e inseguridad en Oriente Medio y a aplicar programas de educación concebidos para sustituir la negativa percepción recíproca por el conocimiento y la comprensión mutuos, etc...

Este planteamiento se propone asimismo crear las condiciones favorables de una combinación armoniosa de diversidad cultural – en particular, religiosa –, libertad de conciencia, sin restricciones y en todas sus dimensiones, y neutralidad del espacio público. Así reunidas, estas condiciones pueden ser la garantía de una secularización abierta, sin la cual los prejuicios racistas, en particular antisemitas e islamófobos, podrían perdurar. El Grupo de Sabios ha sido unánime en condenar con firmeza las doctrinas y discursos que legitimen cualquier forma de exclusión y discriminación, cualquiera que fuere el fin perseguido.

Con el objetivo de conducir el diálogo en este sentido, el Grupo de Sabios ha definido y jerarquizado los principios fundadores, a su vez traducidos a principios de acción a los que debe y deberá permanentemente referirse el Diálogo de los Pueblos y las Culturas en el espacio euromediterráneo para dotar la política de vecindad de una dimensión humana. Este cuerpo de principios constituye el «equipo lógico» de la Fundación euromediterránea, cuyo «pliego de condiciones» le ha de permitir, por una parte, impulsar, promover y coordinar todas las acciones que respondan a estos principios y, por otra, evaluar la conformidad de cualquier iniciativa con dichos principios.

El Grupo de Sabios, asimismo, ha definido tres orientaciones «operativas» en los ámbitos de la educación, la movilidad y el desarrollo de las mejores prácticas y los medios de comunicación, declinando cada una ellas en una serie de propuestas concretas.

* * * *

RESUMEN

INTRODUCCIÓN

I. SITUACIÓN EN LA QUE NOS ENCONTRAMOS

- 1.1. Identidades que se transforman al Norte y al Sur
- 1.2. La ampliación modifica la identidad de la Unión Europea
- 1.3. El diálogo intercultural como respuesta a los problemas estructurales del Sur
- 1.4. La globalización refuerza los interrogantes identitarios al Norte y al Sur del Mediterráneo
- 1.5. Un diálogo ayer conveniente, hoy indispensable...

II. UN DIÁLOGO INTERCULTURAL POR CONSTRUIR

- 2.1. El Diálogo de los Pueblos y las Culturas: reto central de la relación euromediterránea
- 2.2. Lugar y papel del Diálogo de los Pueblo y las Culturas en un espacio euromediterráneo vivo
- 2.3. Principios fundadores comunes
- 2.4. El necesario apoyo institucional conjunto
- 2.5. Heterogeneidad de los destinatarios de nuestras recomendaciones y de las condiciones de viabilidad que deben satisfacerse

III. UN DIÁLOGO RENOVADO QUE DEBE INICIARSE SIN DILACIÓN

- 3.1. Recomendaciones de acciones que deben emprenderse y de decisiones que deben adoptarse
 - 3.1.1. *Hacer de la educación un vector central de aprendizaje de la diversidad, de conocimiento del otro*
 - 3.1.2. *Promover la movilidad, el intercambio y la valoración de los conocimientos técnicos, las competencias y las mejores prácticas sociales*
 - 3.1.3. *Hacer de los medios de comunicación un instrumento privilegiado del principio de igualdad y conocimiento recíproco*
- 3.2. Hacer de la Fundación el agente del Diálogo
- 3.3. Condiciones de éxito, riesgos y consecuencias de nuestras propuestas

CONCLUSIÓN

LISTA DE PROPUESTAS DE ACCIÓN

LISTA DE MIEMBROS DEL GRUPO DE SABIOS

INTRODUCCIÓN

La Historia reciente se caracteriza por una sucesión vertiginosa de rupturas, aproximadamente por períodos de diez en diez años: revolución islámica de 1979 en Irán, posteriormente caída en 1989 del Muro de Berlín y, más cerca de nosotros, ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 a las torres del *World Trade Center*. Cada uno de estos acontecimientos ha marcado su tiempo. Su suma ha configurado el mundo de incertidumbres y temores en el que hoy en día vivimos. Estas crisis, síntomas, en primer lugar, para pasar a ser, a su vez, causas de grandes mutaciones históricas, han derribado las formas habituales, los métodos y las normas del orden internacional.

Al mismo tiempo, por el efecto combinado de estas crisis y la globalización, las sociedades contemporáneas experimentan cambios de todo tipo, cuyo impacto acumulado ha generado en su seno profundas evoluciones o, incluso, modificaciones de naturaleza. Esta situación requiere nuevos paradigmas.

* * * *

Atento a estos movimientos de fondo mucho antes del drama del 11 de septiembre de 2001, el Presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, hace tiempo que había llamado la atención sobre la urgencia de trabajar para conjurar este malestar y forjar vínculos de calidad entre pueblos y entre sociedades. El Diálogo Intercultural entre Pueblos y Culturas¹ se impuso a sus ojos como el eje más fecundo para alcanzar este objetivo, por estar basado en la idéntica dignidad de las culturas, sin que ello significara ningún tipo de relativismo cultural en materia de derechos fundamentales de cada ser humano. Partiendo de esta constatación, Romano Prodi formuló dos preguntas fundamentales:

- ¿Cómo contribuir a la aparición, junto a la sociedad de los Estados, de una «sociedad de los Pueblos y de las Culturas» en el espacio euromediterráneo?
- ¿Cómo concebir a tal efecto un Diálogo entre las Culturas y, ante todo, dentro de los Pueblos, que son a un mismo tiempo sus portadores y herederos, que se rija, al menos, por estos tres principios: igualdad, apropiación y enriquecimiento mutuo?

Primera manifestación pública de esta voluntad política: el Coloquio sobre el Diálogo Intercultural celebrado los días 20-21 de marzo de 2002 en Bruselas permitió al Presidente Prodi hacer hincapié en la necesidad de replantear este Diálogo, considerando – según los términos del Acta fundacional de la UNESCO –, que *«puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz»*.

Así pues, el Presidente Prodi encargó a un Grupo de Sabios que le presentara propuestas concretas y operativas para el espacio euromediterráneo, en el marco de una política de vecindad destinada a crear *«una zona de prosperidad y un entorno de vecindad amistoso - un «círculo de amigos» - con los que mantener relaciones estrechas y pacíficas basadas en la cooperación»*. La política de vecindad, deseada por la Unión en curso de ampliación, y recogida como uno de sus objetivos en su proyecto de Constitución, ofrece la oportunidad de dar un salto hacia delante fundamental, alcanzando, al mismo tiempo, una mayor eficacia política y un oportuno reajuste de

¹ El término cultura se considera aquí – y a lo largo de nuestro Informe – en su acepción amplia, es decir, antropológica.

la relación euromediterránea en torno a lo humano – teniendo en cuenta que, en este reajuste, más de la mitad de los protagonistas (afectados) son mujeres.

* * * *

El Grupo de Sabios estuvo, de entrada, de acuerdo en reconocer que el Presidente Prodi había acertado al elegir el diálogo intercultural como punto de apoyo de una ambición histórica compartida por todas las partes interesadas: construir en la región euromediterránea, y a partir del Mediterráneo, un espacio de buena vecindad de dimensiones humanas. A tal efecto se basó en una doble constatación:

- ¿No es evidente que Europa, por un lado, y sus vecinos mediterráneos, por otro, que forman dos mitades de un mismo ámbito de connivencias muy antiguas, están abocados a conjugar urgente y duraderamente sus complementarios activos, juventud aquí, estructuras y capital allí, por señalar solo lo más sobresaliente? La globalización constituye un motivo suplementario para llevar rápidamente a cabo esta aproximación. Y ello, debido al conjunto de efectos complejos y transversales que produce en las sociedades a las que afecta: interdependencia económica, migraciones, cuestionamiento del papel de mediación del Estado, así como – desde la caída del Muro de Berlín – de la autoridad de algunas organizaciones internacionales, etc.
- Por otra parte, ¿no se enfrentan estas dos partes del espacio euromediterráneo – por caminos diferentes y razones distintas – a problemas concomitantes de recomposición interna en un mundo en plena mutación? Por ejemplo, la ampliación histórica que se prepara a experimentar la Unión Europea, y que la transforma en todos los aspectos, suscita una reflexión sobre las consecuencias que pueden esperarse de la misma tanto para el conjunto de Europa como para el espacio euromediterráneo. Por otra parte, no es posible hacer ni decir nada en el Mediterráneo que no tenga en cuenta el peso de la Historia y las «representaciones cruzadas», ya que es un componente esencial desde el punto de vista de los países llamados del Sur.

Desde la sesión inaugural de nuestros trabajos, el Presidente Prodi ha hecho hincapié en que consideraba este objetivo eminentemente político, en el sentido más noble del término, razón por la que nos pedía que reflexionáramos con total libertad e independencia de espíritu.

* * * *

Todos estos factores han de tenerse en cuenta para poder partir de un planteamiento práctico al concebir y promover un diálogo de las culturas en el Mediterráneo. Nuestro Grupo ha procurado definir las vías y medios necesarios para que se valore el papel que desempeña este diálogo. De esta reflexión común hemos extraído varias conclusiones, que declinamos en recomendaciones encaminadas a modificar, a un mismo tiempo, el lugar, el papel y el contenido del Diálogo de los Pueblos y las Culturas en la relación euromediterránea. Para garantizar el éxito de esta política, es imprescindible dotarla de un dispositivo institucional innovador, en la medida en que adopte una naturaleza conjunta y apele a la participación de todas las fuerzas vivas de las sociedades.

*

* *

I. SITUACIÓN EN LA QUE NOS ENCONTRAMOS

1.1. Identidades que se transforman al Norte y al Sur

i) La iniciativa del Presidente Prodi (creación de nuestro Grupo de Sabios en el contexto de una política de vecindad en curso de definición), que se inscribe en la continuidad del proceso de Barcelona al proponerse, en particular, asentar en nuevas bases su capítulo cultural, responde, además, a una doble **cuestión identitaria**, que se plantea tanto a la Unión Europea ampliada como a sus vecinos mediterráneos.

Esta interrogación paralela al Norte y Sur del Mediterráneo tiene un doble efecto. Plantea el problema de la capacidad de aunar fuerzas hasta la fecha divididas o, incluso, a veces antagónicas y de afirmar, de ese modo, una vía original hacia la paz y la prosperidad, evitando dos riesgos simétricos y cada vez más apremiantes:

- por una parte, el de la dominación del Norte en sentido amplio,
- y por otra parte, el de una alternativa que se presenta como revolucionaria y se inspira en culturas (o formas de civilizaciones) alienadas, deformadas, reducidas a ideologías puras y simples.

ii) Con estos problemas, unas veces comunes y otras particulares del Norte y del Sur del Mediterráneo, se combinan efectivamente tres evoluciones vinculadas a la superación del marco nacional en la constitución de identidades y vínculos sociales.

En primer lugar, cabe mencionar la aparición de **instituciones y flujos de cooperación transnacionales** capaces no solo de prescindir de la mediación de los Estados-nación, sino también de trascenderlos, en el caso de las instituciones, y de desafiarlos, en el de los flujos de cooperación. Asimismo, asistimos a una manifestación, cada vez más frecuente, de *la reivindicación del reconocimiento de la diferencia cultural en la esfera pública* – y no solamente en la esfera privada. Esto conduce, en muchos países europeos, a la constitución de nuevos espacios públicos en los que las diferencias culturales e identitarias tienen la posibilidad de expresarse, lo que suscita **nuevas relaciones entre identidad cultural y ciudadanía**.

Verdadero «acto revolucionario», la constitucionalización de la Unión consagra efectivamente el paso de un espacio geográfico todavía ampliamente compartimentado por la defensa de intereses nacionales a un *«espacio de pueblos integrados que constituyen la sociedad y deciden soberanamente formular valores»*². Una vez finalizados los trabajos de la Convención sobre el futuro de la Unión, el proceso institucional ha franqueado un umbral cualitativo evidente. Es incuestionable que la adopción y el arraigo de una Constitución, pacto que sella formalmente la Unión de una nación de ciudadanos, suponen la existencia de un contexto favorable que no podría, sin embargo, reducirse a la homogeneidad de un pueblo político considerado en su dimensión esencialmente etnonacional.

Estas dos evoluciones se ven acentuadas por las reivindicaciones de múltiples movimientos sociales y de minorías. Estos distintos movimientos pueden, en cualquier momento, evolucionar bien hacia la apertura y el pluralismo, bien hacia el repliegue identitario y el integrismo totalitario.

² D. Rousseau, «Les constitutions possibles de l'Europe» en *Cités, Les Constitutions possibles de l'Europe, figures politiques de l'Europe unie*, 13.,2003, p 14.

Muy a menudo, por otra parte, estas diferentes visiones de la modernidad se expresan dentro de una misma cultura, cualquiera que ésta sea. De ahí la importancia de una tercera evolución, que se debe fomentar y establecer: la de la emergencia **de espacios públicos abiertos y/o pluralistas** en los países del Sur del Mediterráneo, así como el reconocimiento por los europeos de esta evolución como desarrollo autónomo de dichos países del Sur.

1.2. La ampliación modifica la identidad de la Unión Europea

Al ampliarse, la UE está abocada a una identidad más plural y a un número mayor de vecinos. Por lo tanto, la cuestión de sus límites, que hasta ahora se dejaba abierta intencionadamente, no se plantea ya en los mismos términos de distinción entre lo que es de la Unión y lo que no tiene vocación de serlo. Plantear esta cuestión atestigua la voluntad de encontrarle respuesta tomando en consideración las proximidades de todo tipo. De las vecindades inmediatas de la UE., la del Mediterráneo se presenta con la intensidad de una presencia cada vez más apremiante y de una migración «instalada», así como de una herencia común muy antigua.

ii) ¿Cuáles serán las consecuencias de la ampliación en las facultades de diálogo de la UE? La ampliación de la UE en curso suscita o aviva efectivamente una serie de recelos en los países y sociedades del Sur mediterráneo, con el temor principal de que puedan acentuarse los desequilibrios con el Norte. Sobre un fondo de inquietudes culturales recíprocas, este temor se expresa en tres niveles, político, económico y, en la encrucijada de los dos precedentes, el nivel de las migraciones.

Al nivel **político**, la ampliación puede tener dos efectos positivos, uno al interior de los países y sociedades del Sur mediterráneo, otro en dirección de la Asociación Euromediterránea por medio de la política de vecindad de la UE.

El proceso de ampliación ha traído consigo reformas políticas y la instauración del Estado de Derecho en los países candidatos, de modo que los nuevos Estados miembros disponen de una rica experiencia que aportar al diálogo permanente entre las sociedades civiles y poblaciones del Norte y del Sur del Mediterráneo. Gracias a esta experiencia «interiorizada» de transiciones (democrática, económica), la UE ampliada tendrá, sin duda alguna, más logros todavía que compartir con los países y sociedades del Sur mediterráneo para ayudarles a llevar a cabo sus propias transiciones y su proceso democrático. Habida cuenta de que sus nuevos miembros han tenido, ellos mismos, que superar algunas de las dificultades a las que se enfrentan varios socios mediterráneos, la UE ampliada estará efectivamente en mejores condiciones de ayudar a estos últimos a prevenir determinados riesgos (repliegues identitarios en los que la identidad de cada cual pasa a ser como un «tatuaje mortal», integrista religioso, combinación pobreza/analfabetismo, etc) y a definir las perspectivas de solución: cultura de participación; igualdad de derechos y oportunidades, o incluso discriminación positiva, para las mujeres; supresión de las exclusiones económicas y sociales, etc.

En efecto, para impulsar fórmulas de participación que impliquen también a las colectividades locales y las sociedades civiles se requiere, más aún que referencias genéricas a la *democracia*, el cumplimiento de exigencias precisas de *buena gobernanza*: armonización social, prácticas públicas transparentes y eficaces, etc..., que resultan más adecuadas para determinar el grado de apertura democrática de un país. Debido a su propia evolución, los nuevos Estados miembros de la UE deberían estar en óptima situación para prevenir cualquier riesgo de paternalismo en este tipo de búsqueda común en virtud tanto de la política de vecindad y la Asociación Euromediterránea como del Diálogo entre Culturas que en la misma debe desarrollarse.

Al nivel **económico**, los nuevos Estados miembros ya están percibiendo, y cada vez más claramente, como procesos complementarios – y no como evoluciones competidoras o incluso antagónicas – el éxito de su adhesión, por una parte, y el refuerzo de la Asociación Euromediterránea, por otra. Este cambio de percepción debería, a su vez, acallar los temores eventuales de los países del Sur mediterráneo y convencerlos de que los beneficios de una UE ampliada más coherente y más solidaria «al interior» constituyen otras tantas oportunidades para los socios mediterráneos. Este cambio positivo de percepciones recíprocas en el campo económico –que la política de vecindad debe prioritariamente consolidar– es ciertamente beneficioso para la instauración de un diálogo entre iguales en el ámbito cultural en sentido amplio.

Es cierto que este cambio de percepciones cruzadas se ha visto apoyado por una serie de constataciones objetivas y análisis compartidos que, en su totalidad, ponen en entredicho el temor de los socios mediterráneos a que «la producción intensiva en trabajo sea deslocalizada de los Estados miembros actuales de la UE hacia los nuevos, y no hacia los socios mediterráneos, para aprovechar los diferenciales de salarios». La primera de estas constataciones se refiere al hecho de que, en materia de intercambios comerciales, el reto más preocupante al que se enfrentan los países mediterráneos procederá esencialmente de la liberalización del comercio multilateral, lo que contribuirá a la intensificación de la presión competitiva y a la erosión del acceso preferencial al mercado europeo. La segunda de estas constataciones, a propósito de los flujos de inversiones de origen exterior, pone de manifiesto que no son tanto los nuevos Estados miembros los verdaderos competidores del Mediterráneo, sino América Latina y, más allá y a largo plazo, China, la India y la mayoría de los restantes países asiáticos.

En estas condiciones, y no solo debido al envejecimiento acelerado de la población de la UE ampliada, sino también al diferencial demográfico con el Sur mediterráneo, Europa seguirá, a un mismo tiempo, atrayendo a los candidatos a la inmigración y apelando al potencial migratorio de sus vecinos. Por lo que se refiere a las **migraciones**, en efecto, la ampliación de la Unión no implica necesariamente amplios movimientos migratorios «internos» del Este hacia el Oeste. Por lo tanto, debemos tener en cuenta la posibilidad de que los nuevos Estados miembros, con un envejecimiento más acusado debido a índices de crecimiento demográfico a veces negativos, se conviertan, a su vez, en «tierras de acogida» para emigrantes originarios del Sur mediterráneo. La conjunción de estos próximos flujos migratorios y la entrada de nuevos pueblos en la UE constituye una cuestión pluridimensional con numerosas implicaciones sociales, demográficas y económicas, pero, sobre todo, culturales. La ampliación de la UE puede, y debe, constituir un ejemplo de proximidad cultural que ha de extenderse a – o más bien compartirse con – la región mediterránea y los emigrantes originarios de la misma, ejemplo en el que es necesario diferenciar los valores progresivamente compartidos y los sistemas de creencias. En efecto, con la ampliación, el Diálogo de las Culturas en el suelo de la UE (y con la vecindad mediterránea) va a cambiar no de naturaleza sino de fundamento.

- En primer lugar, porque la UE ampliada va a salir de la relación, considerada tradicional, Cristianismo y Judaísmo occidentales/Islam, al integrar poblaciones de cultura y confesión ortodoxa. Como la Ortodoxia induce a veces sorprendentes parentescos de comportamiento con el Islam – en materia de secularización en particular –, estos parentescos están llamados a tener un peso nada desdeñable o, incluso, a modificar en profundidad las relaciones entre la Unión ampliada y el mundo árabe-musulmán y, de una manera más amplia, el Diálogo Euromediterráneo. Parentescos de este tipo podrían, en efecto, acelerar la toma de conciencia de una comunidad de destino antigua y futura, contribuyendo a relativizar, para posteriormente superar, los contenidos de las diferenciaciones.

- Por otra parte, la ampliación a largo plazo a Bulgaria (el 10% de cuya población es musulmana), posteriormente a los Balcanes Occidentales (donde Bosnia y Hercegovina es mayoritariamente musulmana) y, finalmente, a Turquía (que combina régimen político laico y religión musulmana, con sus 80 millones de habitantes actuales) conducirá a acoger un Islam «históricamente» europeo. Esta evolución previsible, combinada con la presencia en Alemania y Austria de poblaciones que no son originarias del Magreb sino de Turquía, contribuye a la diversificación de la presencia del Islam en Europa.

Estos dos horizontes incidirán, con diversos efectos positivos, en las perspectivas de la inmigración y el lugar del Islam en Europa. Pondrán primeramente de relieve el desarrollo de un Islam europeo, disipando así el fantasma de una islamización rampante de Europa. Este Islam europeo se construye efectivamente con características propias, que lo distinguirán cada vez más del Islam que se vive en tierra musulmana:

- En primer lugar, se construye como una religión minoritaria, cuyos adeptos han elegido la instalación definitiva en suelo europeo y, por lo tanto, se han despedido del retorno.
- En segundo lugar, esta instalación permanente en un espacio laico europeo transforma paulatinamente el sistema de pensamiento y los comportamientos de estos nuevos ciudadanos europeos de confesión musulmana, en particular su concepción de las relaciones entre sociedad y hecho religioso. Esta transformación legitima su aspiración a considerarse como «*ciudadanos de pleno derecho, y no como ciudadanos aparte*» y conduce a ella.
- En tercer lugar, estas evoluciones obligan obviamente a la UE y sus Estados miembros a reconsiderar sus relaciones, aún demasiado a menudo problemáticas, con la alteridad más cercana. En efecto, la relación de Europa con sus suburbios inmediatos condiciona su relación con sus suburbios lejanos, e inversamente. Naturalmente, los socios euromediterráneos deben realizar un esfuerzo simétrico respecto de sus minorías judías y cristianas.

1.3. El diálogo intercultural como respuesta a los problemas estructurales del Sur

De forma paralela, los distintos países ribereños del Mediterráneo no pertenecientes a la UE ampliada, que mantienen con Europa relaciones no solo milenarias sino también de una actualidad permanente – tal y como atestiguan los flujos humanos, financieros, culturales, etc. a través del Mediterráneo–, forman un espacio que, aunque ciertamente es heterogéneo y presenta numerosas fracturas, globalmente, sin embargo, puede considerarse un conjunto. Ahora bien, este espacio presenta también interrogantes en cuanto a su futuro debido a su demografía, las convulsiones económicas y de sociedad que le impone la globalización, la evolución social y política tanto de las poblaciones como de los regímenes existentes... Todas estas dificultades se resumen en una interrogación sobre el lugar que le pueda tocar en suerte a la región mediterránea en el mundo que se avecina.

i) El éxito del Diálogo depende del pleno conocimiento y de la consideración de los factores y características del Sur mediterráneo. Ciertamente, la continuación del desarrollo de una sociedad intercultural abierta y respetuosa de la norma común (Norte) y de una Asociación Norte-Sur/Sur-Norte abierta y equilibrada no constituye sino una condición necesaria de un diálogo sosegado y fértil entre la UE de hoy y mañana y una parte importante de su vecindad. En este sentido, la aparición del Sur como una socio auténtico, es decir, dinámico y coherente, no constituye tanto un requisito previo como un elemento constitutivo de dicho diálogo, es decir, una condición suficiente. A este respecto, nos sentimos en la obligación de destacar hasta qué punto la falta de

progreso en el proceso de paz en Oriente Medio constituye un obstáculo suplementario a la democratización de la región mediterránea, que impide, por otra parte, a Israel aportar su contribución al establecimiento *en común* de las condiciones necesarias para la democracia. El diálogo intercultural que, para desarrollarse, debe inscribirse en un contexto de respeto de los derechos fundamentales puede, al mismo tiempo, ser un potente vector de democratización.

Frente a esta exigencia de su existencia como socio «de pleno derecho», seis grandes series de factores siguen, a nuestros ojos, caracterizando el Sur mediterráneo.

- En primer lugar ese triángulo particular que en este territorio configuran los vínculos entre **poder político, sociedad civil y religión**. ¿Por qué, en efecto, el mundo árabe-musulmán del siglo XX, en el que la *secularización* ha avanzado considerablemente (modernización material, utilización de códigos civiles e instituciones modernas, etc), no ha producido unas sociedades *laicas*? En otros términos, ¿por qué secularización y laicidad siguen estando ampliamente disociadas? Tres razones históricas explican en gran medida esta disociación: el Islam como recurso político y apoyo identitario durante las luchas de independencia (algunas veces después de que las autoridades coloniales lo hubieran también instrumentalizado para asentar su autoridad), las primeras llamadas a la modernización procedentes, en primer lugar, de «ulemas ilustrados» a lo largo de los siglos XIX y XX y, finalmente, el fracaso de las políticas modernistas de los Estados recientemente independizados. La situación actual responde, pues, en gran medida al hecho de que las sociedades asignaron al Islam tres funciones *eminentemente políticas* y que no tienen nada de religioso: luchar contra el colonialismo, (y/o antes servirlo), combatir sistemas anticuados y conservadores en su tiempo y, por último, denunciar regímenes socialmente ineficaces y, a menudo, corruptos. ¿Cómo hacer, por lo tanto, para que la mayoría de las poblaciones del Sur del Mediterráneo se reconozca en un principio de laicidad, fundamento de tolerancia positiva, y lo deje de considerar expresión de un «modernismo decadente»?
- Se han añadido otros factores, que refuerzan el peso o, incluso, el dominio, en opinión de algunos, del hecho religioso: la **evolución demográfica y social** en primer lugar. Durante los cincuenta últimos años, en efecto, la población árabe pasó de 80 a 320 millones de habitantes, el 50% de los cuales tiene menos de 20 años. En este contexto, el éxodo rural no ha perdonado ningún país y, sobre todo, la dependencia alimentaria ha empeorado puesto que – a partir de los años 80 – una de cada dos calorías se importa. Por añadidura, todas las estrategias de industrialización – ya se trate de sustitución de las importaciones, subcontratación o «industrialización industrializante» - han llegado a su límite, mientras que el endeudamiento alcanzó la cifra récord de 260.000 millones de dólares en 2002. Todos estos factores obviamente incrementan la *demanda social* que se dirige a los Estados, que deben, a un mismo tiempo, *equipar* los países, *escolarizar* a más de 120 millones de jóvenes, *alojar* a los nuevos flujos de personas llegadas a ciudades ya superpobladas y, por último, *ocupar* y *alimentar* a una población que sigue – a pesar de algunas señales de transición demográfica – duplicándose cada 25 o 30 años. En estas sociedades tan jóvenes – y en las que, por añadidura, los presupuestos de defensa y seguridad experimentan subidas continuas –, la cultura, el diálogo no pueden desempeñar el mismo papel que para las poblaciones envejecidas y desengañadas del Norte del Mediterráneo ni basarse en los mismos resortes.
- El **subdesarrollo** económico y de infraestructuras sigue saltando a la vista, tal y como certifican los datos que hemos reunido anteriormente. Este subdesarrollo obliga tanto a los responsables de las colectividades locales como a los protagonistas de la sociedad civil a tener, a veces, otras prioridades distintas del Diálogo o, en cualquier caso, a incluir, como componente del mismo, otras urgencias ya que con tanta frecuencia se enfrentan a situaciones y problemas de supervivencia.

- Una **escala de valores** diferente, por ejemplo, en cuanto al estatuto de las personas y, en particular, en cuanto al lugar de las mujeres³, etc, que contrasta con **valores vividos** impregnados de solidaridad, ya se trate de solidaridades familiares, esquemas de asistencia mutua local, solidaridad respetuosa hacia los ancianos, etc. Estos valores vividos, del mismo modo que los principios fundamentales de acción (véase *infra*, apartado 2.3), ilustran hasta qué punto el Sur tiene también vocación de «propuesta» en materia de **solidaridad**, en particular. Ciertamente, todos estos esquemas de solidaridad a veces son ambivalentes puesto que permiten al islamismo instrumentalizarlos.
- La acumulación de **desconfianza y conflictividad** entre algunos países del Sur, que va más allá de la divergencia de intereses. Este «lastre del pasado» constituye uno de los principales obstáculos a la afirmación de iniciativas regionales como, por ejemplo, la Unión del Magreb Árabe (UMA), que son los que, a su vez, impiden que el Sur se construya como socio. Por regla general, esto se explica por razones de índole más estructural que coyuntural. En el caso de la UMA, el pasado debería más bien abogar en favor de la aproximación. Es efectivamente ilusorio imaginar que hayan podido sentirse espontáneamente inclinados hacia la cooperación regional Estados que aún están comprometidos en procesos de «construcción del Estado» (o estatogénesis) muy complejos – o incluso dolorosos – desde el punto de vista sociológico, político, económico y cultural⁴. Unos Estados que disfrutaban de una soberanía recientemente recuperada perciben, en efecto, con desconfianza el reparto de competencias y, *a fortiori*, las transferencias de competencias al nivel regional.
- El **peso de la humillación y el sentimiento de impotencia**, heredados ciertamente del período colonial, se alimentan regularmente e, incluso, se avivan por los errores y estancamientos sucesivos del Proceso de paz en Oriente Medio, así como por las empresas guerreras anunciadas y realizadas con un «espíritu de cruzada» - como la llevada a cabo en Irak.

ii) Estas características no deben conducir ni a un falso diálogo, ni a una ideología o a actitudes que hagan inevitable el «*choque de civilizaciones*». Al contrario, el diálogo Norte-Sur/Sur-Norte en el espacio euromediterráneo parece el único vector de solución común a los problemas internos tanto del Norte como del Sur.

Derivado del concepto polémico, por no decir promotor de guerras, de «*choque de civilizaciones*», el contrafuego que quiere ser el de «*diálogo de civilizaciones*» participa desgraciadamente de la misma lógica bien a su pesar. Acredita la idea de que toda la cuestión gira entre «bloques», que distinguirían diferencias casi ontológicas. Ahora bien, paradójicamente, es entre las «Civilizaciones» donde el diálogo es más fácil, como lo sugieren los tropismos respectivos del comercio, turismo y las migraciones, que dan prueba de una atracción recíproca. A este respecto, las élites se muestran más propensas al universalismo, en el que se complacen a veces de manera arrogante, a diferencia de mayorías menos favorecidas que, muy a menudo, solo tienen su identidad mitificada para existir. El problema de la eventual diferencia de las

³ En este ámbito, existen, sin embargo, notables excepciones. A partir de 1957, Túnez se dotó de un Código de la familia que garantizaba la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. A su vez, Marruecos se compromete en esta vía.

⁴ Lo que no excluye que ya hayan podido registrarse algunos éxitos. Piénsese, en particular, en la firma, el 21 de mayo de 2003, en el marco de la Conferencia Ministerial sobre la Energía, por Túnez, Argelia y Marruecos de una Declaración de intenciones sobre la integración del mercado eléctrico del Magreb en el de la Unión.

civilizaciones no se plantea hasta que entran realmente en contacto y se inicia la mezcla. A partir de entonces se asiste, no a desniveles entre civilizaciones, sino a sacudidas internas en una y otra, que no tardan, si adquieren amplitud o duran bastante tiempo, en constituir ellas mismas un nuevo espacio de civilización, y así sucesivamente. Solo existe diferencia entre «civilizaciones» en el seno de éstas. En cuanto se sale del registro eminentemente ideológico de las clasificaciones generales, se descubre la profusión de diferencias, distinciones y oposiciones de que se compone cualquier sociedad.

Hace un siglo, nadie se asombraba de que se clasificaran los pueblos por razas, hasta que se ha tomado conciencia, con la ayuda de la biología, de que no existe, partiendo de fenotipos efectivamente distintos, ningún medio de trazar una frontera de este tipo en ningún lugar. La humanidad efectivamente solo se clasifica en individuos, todos a su vez distintos, por una parte, y especie global universal, por otra, sin ninguna distinción legítima entre estos dos polos. De la misma manera, es igualmente inadmisibles hoy en día segregar «civilizaciones» de la masa histórica, sobre todo allí donde – en el Mediterráneo – cada una de las pretendientes al título ha penetrado tan profunda y duraderamente y de una manera tan compleja en el núcleo de todas las restantes que es absolutamente imposible disociarlas sin reducirlas a caricaturas.

La tentación de leer el proyecto de diálogo intercultural en el Mediterráneo exclusivamente según un eje Norte-Sur/Sur-Norte sería, por lo tanto, peligrosa si fuera tan restrictiva. El problema sencillamente es mucho más general: está apareciendo un problema de recelo de las realidades culturales y de su impacto determinante en la Historia, a la vez, en el Norte, en el Sur y, subsidiariamente, diríase que de manera provocativa, entre el Norte y el Sur. Provocación rentable, ya que, a partir de allí, se derrapa rápidamente de Norte/Sur a Europa/África, europeos/árabes, cristianos/musulmanes, Cristianismo/Islam, ellos/nosotros o nosotros/ellos.

Cuando la realidad que debe tenerse en cuenta es muy distinta: nosotros, sin más; un nosotros que comienza, para cada uno, en sí mismo y se extiende a toda la vecindad, en este caso, el espacio euromediterráneo, sin perjuicio de una extensión necesaria hasta lo universal. Somos ciudadanos de aquí y del mundo, por consiguiente de todo lo que está entre dos ámbitos, y no, en primer lugar, de tal etnia o tal grupo de tal país perteneciente a tal región, todos los cuales se definen por oposición a otros. En otros términos, las pertenencias funcionan de ahora en adelante en círculos secantes, y ya no en círculos concéntricos o yuxtapuestos.

El problema de la relación al otro como diferente no se plantea en primer término respecto del que está muy lejos, sino del más próximo. ¿No fue Amin Maalouf quien en *Identidades Aesinas* destacaba que se despelleja uno mejor entre gente próxima?

La situación del Sur del espacio euromediterráneo lo ilustra perfectamente. En ninguna otra parte como en Tierra Santa la confrontación de varias culturas tendentes, cada una, a simplificarse por su antagonismo, a pesar de la extrema riqueza y complejidad de ambas, es tan violenta, llevando sangre y fuego a la intimidad misma de las cohabitaciones más inmediatas. Las guerras de los Balcanes obedecieron también a la misma lógica de violencia mimética, enfrentando a vecinos contra vecinos e imponiendo la intervención de terceros para restablecer la paz. Si bien es corriente mencionar los problemas de inserción de las poblaciones que han emigrado del Magreb o Turquía hacia Europa, se equivocaría quien ignorara las dificultades a las que se enfrentan para encontrar su sitio en su país de origen, experiencia que trastoca el cliché de una identidad original inalterada opuesta a un marco de acogida intolerante. El problema planteado realmente es el del ajuste, en una sociedad dada, de los nuevos elementos que contribuyen a transformarla, participando, en consecuencia, en su evolución de forma fundamental a partir del momento de su llegada. Es ficticio oponer una sociedad, que sería inmutable, a los emigrantes, que se encontrarían con una puerta blindada. En realidad, migración y sociedades mantienen una relación

de transformación mutua, que las asocia en la misma aventura desde el principio, de modo que la dificultad aparente reside en las proporciones y la duración, puesto que, en un caso, suele tratarse de destinos individuales que deben vivirse y, en el otro, de evoluciones lentas y globales, imperceptibles. No deja de ser, con todo, cierto que los emigrantes ya han transformado no solo las sociedades de acogida sino también las sociedades de origen, estas últimas aunque solo fuera por los envíos de dinero, que superan con mucho toda la ayuda al desarrollo y los flujos de inversión combinados.

Así pues, la cuestión de la relación cultural en el espacio euromediterráneo comienza para cada uno en su propia puerta, para los países del Sur tanto como para los del Norte. Incluso cabe decir que ha sido seguramente en torno a esta cuestión donde el choque de la modernidad ha suscitado los cambios más amplios, más rápidos, más inquietantes, al instaurar la transmisión y concurrencia cultural (en el sentido antropológico de este término) como una de las cuestiones más acuciantes de unas sociedades en profunda mutación.

Un diálogo de este tipo consigo mismo, es, de alguna manera, el más difícil de todos. Carece de referencias, ya que aquellas en las que podría basarse desde un punto de vista interno están siendo precisamente objeto de transformación y cuestionamiento. De modo que el diálogo tiende fácilmente a deslizarse hacia la confrontación, el engaño, las ideologías, los prejuicios, la búsqueda de chivos expiatorios. Este estado de transición generalizada constituye un momento de sufrimiento. El único medio de salir de este callejón sin salida es ampliar el círculo de los intercambios culturales. El diálogo euromediterráneo debe, pues, contemplarse, más que como el problema a solucionar, como el componente mismo de la solución a los problemas que se plantean, es cierto que de manera diferente, tanto al Norte como al Sur. Es una vía de evolución para las transformaciones que afectan tanto al Norte como al Sur, y cuya incidencia en su propio futuro no les es fácil controlar por separado. Juntos lo lograrán con mayor facilidad.

Paradójicamente, «el Sur», que no se ha beneficiado durante la última mitad de siglo de nada que se asemeje a la fantástica escuela de mutualización que ha sido la construcción europea, es el que puede esperar más de esta puesta en común euromediterránea. Víctima, por el contrario, de los efectos disgregadores de la descolonización (entre Norte y Sur, entre países que se afirman en el Sur), que agravaron las opciones adoptadas bajo la guerra fría, el «Sur» se presenta hoy fragmentado, organizado sobre bases estrechas (esencialmente nacionales), cuando la globalización procede a un cuestionamiento de todas las situaciones existentes. Mientras que el Norte se beneficia del «efecto de masa» que la Unión Europea aporta a sus miembros, el Sur está expuesto a todo tipo de influencias, hasta el punto de convertirse en el escenario de una competición abierta entre fuerzas de integración en el proceso de globalización y fuerzas de rechazo – a veces integrista - del mismo.

Es urgente que el Sur se adentre en un diálogo intracultural. Solo podrá hacerlo apoyándose plenamente en un diálogo euromediterráneo, que, por otra parte, en modo alguno excluye los diálogos árabe-africanos, por ejemplo, o con las otras grandes zonas del mundo. Sin embargo, Europa sigue siendo el vecino más cercano en el Mediterráneo.

1.4. La globalización refuerza los interrogantes identitarios al Norte y al Sur del Mediterráneo

i) No hay duda de que el espacio mediterráneo es una de las zonas del mundo en las que se originó el propio concepto de mundo y los flujos de relaciones que articulan la globalidad del universo conocido: se le deben la idea de lo universal y el pensamiento crítico, o dicho de otro modo, el instrumento para englobar y el instrumento para distinguir. Esta condición primigenia bastaría para convertirlo en foco de cualquier globalización que tuviera éxito. Ahora bien, se

observa precisamente lo contrario. Desde hace varios siglos este espacio efectivamente es escenario de sucesivos vuelcos radicales en las relaciones de poder, riqueza e influencia.

Lo que quiere decir que, de manera hasta cierto punto originaria, la globalización, se funda en el Mediterráneo en una herida cultural antigua. En este contexto, la globalización se percibe aquí, más que en ninguna otra parte, como un proceso que acentúa el desclasamiento y la marginalización.

La evolución en curso contribuye a reforzar esta percepción. Tres aspectos se superponen, en efecto, incrementando el desorden:

- Por una parte, **la globalización**, al poner al descubierto las estructuras económicas, sociales y financieras de todas las sociedades, desvela sus activos y sus desventajas, al tiempo que acentúa la inestabilidad de los sistemas instaurados, socavando con ello las sociedades que ya eran las más frágiles.
- Por otra parte, bajo los auspicios de una lógica económica y financiera fundamentalmente liberal, las **interdependencias** se aceleran, redoblando la desestabilización de sociedades que, a un mismo tiempo, están desorganizadas al interior y expuestas a presiones del exterior.
- Finalmente, la globalización aporta, en sí misma, su propia **complejidad**, al combinar, por ejemplo, uniformización y fragmentación, apertura de principio y mecanismos de prohibición, impulsos todos ellos contradictorios que generan verdaderos trastornos en los hechos y los espíritus. Todavía son pocos los analistas que han aprendido a afrontar que la globalización no era, o ha dejado en cualquier caso de ser, un proceso de cambio dentro de estructuras establecidas, sino un cuestionamiento de estas mismas estructuras, de la normativa, las referencias o las proporciones. Allí donde estaba establecido reconocer un conjunto, hay que ver diferencias, allí donde reinaba una *summa divisio*, se dibujan ahora afinidades.

Este movimiento de deconstrucción, por otra parte ciertamente abundante en fecundas recomposiciones, carece de un horizonte descifrable para la mayoría de aquellos a quienes afecta. El retorno de lo político parecía necesario. El 11 de septiembre de 2001 recordó, sin duda de manera cruel y espectacular, esta evidencia.

Este retorno de lo político constituye también una respuesta a otros radicalismos mortíferos en el Mediterráneo: las guerras de los Balcanes, el conflicto israelopalestino, el incremento de los terrorismos y la lenta movilización de los temores así suscitados en pos de una mayor seguridad pública. En un mundo en el que la globalización propone un futuro regido por la economía, el Mediterráneo opone la aspiración de los pueblos a la expresión democrática y la defensa de los derechos, es decir, a la primacía del «bien común» regido por lo político.

Con todo, este resurgimiento de lo político no es la respuesta a todo, aunque solo fuere porque ignora lo fundamental, es decir la reconfiguración de marcos y referencias, de pautas y reglas. El contexto nacional, que le es familiar, no encaja ya en todos los retos (véase supra, apartado 1.1.). A esta incertidumbre, la ideología le propone una salida, trazando certezas por oposición. De este modo, asistimos en el Mediterráneo al avance, sobre los restos de marcos quebrantados, de visiones del mundo caricaturescas que aportan a la compleja globalización respuestas rudimentarias y, para ello, instrumentalizan, caricaturizándolos, los sutiles componentes de la realidad humana, llegando a la aberración de **transformar la diversidad de culturas en choque de «civilizaciones»**.

Ahora bien, estas famosas civilizaciones no existen como entidades perfectas y completas, ya que se han interpenetrado mutuamente a lo largo de la Historia [véase. supra, apartado 1.3 (ii)]. Por lo tanto, aunque se quisiera reunir, para luego erigir, tal o cual grupo en bloque bajo este vocablo, se cometería una doble absurdidad: la primera sería *construir «bloques» oponiendo artificialmente aspectos término a término* y tomando dichas partes por el todo; la segunda sería ignorar que, hoy en día, en el interior de los conjuntos mejor constituidos es donde se observan las diferenciaciones más rápidas, mientras que entidades que todo parecía separar las encontramos remando en la misma galera bien frente a terceros, bien respecto de evoluciones que las afectan conjuntamente.

ii) Todo ello pone de relieve la urgencia, y la necesidad, de replantear las cosas desde la raíz, teniendo en cuenta los elementos constitutivos de estos «bloques», poniendo los unos en presencia de los otros, con la finalidad de darse cuenta, y hacer que se tome conciencia de ello, de que todos los individuos y grupos participan, hoy en día, de un mismo mundo amante de su singularidad, que, lejos de nivelarlos, los nutre. Fuente de conflicto cuando se las opone término a término, sus diferencias, por el contrario, constituyen en el mundo de hoy ingredientes inapreciables que deben verse en el gran caldero común de un futuro compartido. La cooperación cultural es una de las maneras más pertinentes de alcanzar este objetivo.

Para establecerse, esta cooperación debe encarnarse en realidades concretas:

- En primer lugar, las **ideologías dominantes**, que hay que convertir en caducas, ya se trate de la reconversión de un determinado Occidente a la diabolización de un enemigo identificado como el terrorismo y, por una transposición abusiva, el Islam a través de los islamistas radicales adeptos del terrorismo, ya se trate de la presentación de la modernidad occidental como un satanismo que debe combatirse, como determinados religiosos proponen a su fieles. Derivas cada vez más frecuentes, capaces de «derrapar» en ideologías más clásicas, aunque no por ello menos nocivas, son un nacionalismo identitario de exclusión, y su contrario aparente, tan frecuentemente asociado al mismo, el funcionamiento apátrida de redes mafiosas. No se puede finalmente negar el incremento paralelo de un irenismo de confort en el Norte, ciego ante los sufrimientos exteriores de los que por otra parte se protege, y un islamismo de desesperación al Sur, síntomas de malestar mucho más que respuestas portadoras de soluciones.
- A continuación, las **realidades geopolíticas**, en el primer rango de las cuales se sitúa, en el Mediterráneo, la úlcera de la guerra en Tierra Santa, que sería ingenuo desligar de los retos de seguridad, petrolíferos, migratorios e, incluso, ecológicos, sin olvidar los tráfico de todo tipo y la delincuencia organizada.
- Finalmente, en una capa más profunda, las **mutaciones fundamentales**, que son
 - la evolución del Derecho internacional, en la que la promoción de los ideales democráticos a los niveles tanto internacional como interno es hoy en día claramente «prioritaria»;
 - la laboriosa mutación de los Estados naciones, a la vez celosos de su autoridad e impotentes para solucionar problemas que los sobrepasan;
 - el cambio de papeles tanto de la única superpotencia americana como de las instituciones internacionales y las ONGs, cuyos ámbitos y registros no dejan de interrelacionarse para remodelar la escena internacional.

En este telón de fondo global se superponen tres transiciones principales, la transición demográfica, la transición económica y la transición política, en términos muy diferentes al Norte y al Sur del Mediterráneo. Ahora bien, se sabe que las transiciones son períodos llenos de riesgos y, aunque su correlato probable sea suscitar nuevas relaciones entre las dos riberas (por ejemplo una asociación sincera entre el Norte envejecido y rico en capital y el Sur abundante de población joven en búsqueda de empleo), la escala temporal de estas adaptaciones deja intercalados períodos de grave riesgo. ¿Cómo construir comunidades políticas, necesarias para promover el pluralismo democrático, en sociedades en las que, por ejemplo, los cimientos del Estado-nación, en particular el Islam, sufren directamente las embestidas de grupos religiosos extremistas y del resurgimiento de minorías étnicas y tribales? En sociedades en las que domina el devastador binomio pobreza/analfabetismo, el dinero, que envenena la vida democrática en el Norte, contamina, en el Sur, sobre fondo de corrupción, el espíritu mismo de la democracia naciente. Si bien las sociedades civiles se organizan y consolidan, todavía tienen que innovar seriamente, junto con todas las fuerzas vivas y los Estados en cuestión, para poder responder al imperativo de una democratización efectiva y promover una cultura de participación.

Todo eso es determinante. Sería ilusorio pretender que el Diálogo de los Pueblos y las Culturas va a poder, él solo, más que todos estos factores dominantes. Este Diálogo tiene, sin embargo, su espacio, su alcance y su significado propios, como elemento indispensable de la aparición de una respuesta regional adecuada a los retos de la globalización.

iii) La superposición de acciones, programas e iniciativas de tipo cultural, en el sentido tradicional del término, no constituye obviamente una política: es, por otra parte, signo de la marginalización de la dimensión cultural, así como de la incompreensión profunda en cuanto al papel de este Diálogo intercultural. Por añadidura, la dispersión de iniciativas, obstáculo a cualquier organización coherente, no impulsa ni nutre el Diálogo. Esta situación agrava el desencanto de las poblaciones de los países más débiles y genera cierto «cansancio» entre los responsables de las decisiones. La Asociación Euromediterránea, con mucho el ejemplo más global, ocupa, sin embargo, un lugar destacado en el Diálogo. Esta Asociación Euromediterránea fue acogida con satisfacción, tanto por lo que debía enterrar –el pacto colonial de cierta manera-, como por lo que se suponía inauguraba –una zona de paz, seguridad, estabilidad y prosperidad compartida. Desgraciadamente, en el momento de su concepción, no se había comprendido que este Diálogo debía tener otra dimensión. Víctima por lo tanto de sus ambigüedades conceptuales, del desfase entre la amplitud de sus ambiciones y la moderación de sus medios y mecanismos, rehén de la integración en el Norte y de la falta de la misma en el Sur, el proceso de Barcelona tiene el mérito de existir, aun cuando conceda cierta ventaja a las restricciones de la UE, así como a sus intereses. Evidentemente, el desencanto está a la altura de las esperanzas que la Asociación había suscitado. El proceso tiene muchas dificultades para recobrar nuevo aliento, a pesar de la determinación de revitalizarlo, demostrada en Valencia.

El 3ª paquete, la asociación humana y cultural, quizá el más sensible, es ciertamente el más débil. Parece centrado, a pesar de algunas realizaciones, en la problemática de la inmigración. ¿Va a reducirse a los acuerdos de readmisión, haciendo de la UE esa «fortaleza» tan criticada? El espíritu de Schengen y las políticas de inmigración, cada vez más restrictivas, de los Estados miembros, al cerrar el territorio a la otra mitad de socios, han relegado la asociación a lo «virtual», desacreditándola un poco más.

Los retos no pueden superarse sin la responsabilización de todos. Empezando, por lo demás, por cambios en los modos de vida, tan devastadores para recursos limitados y ecosistemas frágiles. Un diálogo real y efectivo y la cooperación entre protagonistas iguales parece lo único que puede aportar – interdependencia y globalización obligan – respuestas adecuadas a las preocupaciones de todos.

1.5. Un diálogo ayer conveniente, hoy indispensable

El diálogo, conveniente ayer, se ha convertido más que nunca en una necesidad hoy. No para alinearse *a contrario* con la ideología del choque de civilizaciones so capa de combatirla... sino para poner fin a la ignorancia, una de cuyas formas más nocivas es esa misma idea de choque, ya que de lo que se trata es más bien de un **choque de distintas formas de ignorancia**.

Pero, ¿qué lugar puede ocupar un diálogo real entre civilizaciones y pueblos, cuando la cultura y lo sagrado se instrumentalizan para impugnar el «orden establecido», tanto interno como internacional? ¿Qué lugar se deja a la cultura, en una era en la que la globalización de los riesgos y la privatización de la violencia erigen la seguridad, tanto colectiva como individual, en prioridad absoluta, al mismo tiempo que convierten su conservación en algo particularmente complejo de garantizar.

¿Qué lugar puede haber para la cultura en una era en que el ideal de las naciones se expresa en «competitividad» y en cuotas de mercados?

¿Qué lugar ocupa la diversidad cultural, en la era de la uniformización y de lo políticamente o, incluso, culturalmente correcto?

¡Cuántos interrogantes se plantean con especial agudeza en el Mediterráneo, lugar de memoria, cuna y encrucijada de civilizaciones desde siempre, ahora en cambio convertido en línea divisoria de todas las fracturas al ser particularmente estructural en su seno la violencia real y simbólica!

Pero esta violencia puede adoptar formas más insidiosas, más perversas incluso, ya que sus manifestaciones racistas, en particular antisemitas e islamófobas, pueden llegar a ser cotidianas. Sólo el diálogo basado en el respeto de la diversidad cultural y la libertad de conciencia, así como en la promoción de una neutralidad activa del espacio público, permitirá hacer frente a las fuerzas de exclusión que se expresan tanto al Norte como al Sur del Mediterráneo.

Por ello, antes de abordar las motivaciones profundas así como las aspiraciones últimas del diálogo intercultural en el Mediterráneo, conviene analizar los contextos estratégico, político y económico, tanto al nivel mundial como a escala euromediterránea, en los que se funda y debe desarrollarse.

II. UN DIÁLOGO INTERCULTURAL POR CONSTRUIR

2.1. El Diálogo de los Pueblo y las Culturas: reto central de la relación euromediterránea

Para los pueblos del Norte y del Sur del Mediterráneo, lo que está en juego de forma inmediata es afrontar las incertidumbres que los invaden y las mutaciones internacionales, no ya por separado, sino conjuntamente, respetando las respectivas diferencias. El reto a largo plazo es desarrollar tanto el sentimiento como la percepción de un destino compartido. El Diálogo de los Pueblos y las Culturas está llamado a desempeñar un papel decisivo en la construcción de un espacio euromediterráneo que «perdure y tenga sentido». A tal efecto, este diálogo deberá ir mucho más allá de los mecanismos clásicos de cooperación y asistencia internacional y regional. Deberá igualmente estar construido con la argamasa del conocimiento y de la comprensión mutua, no

solamente de los Estados y las instituciones, sino también, y sobre todo, de las sociedades y las personas que viven en este espacio común.

De no desempeñar este papel – que implica un importante cambio de enfoque y comportamiento, tanto al Norte como al Sur, así como en la relación Norte-Sur – se correría grave peligro de que se combinaran en un sentido negativo, y no positivo, las grandes fuerzas (nuevas y antiguas) que atraviesan este espacio e inciden en el mismo:

- «Memorias e imaginarios cruzados», atizados e incluso instrumentalizados en nombre de objetivos de dominación o venganza o de repliegue identitario, que excluyen cualquier prospectiva común;
- Fragilidad de las identidades ante los impactos de la globalización y la interpenetración de culturas y modos de vida (sobre todo en los países más pobres) por el comercio, el turismo, las imágenes... ;
- Peso de los fenómenos migratorios en expansión (130 millones de personas en el mundo) y de la inmigración «instalada» en las sociedades de acogida tanto al Norte como al Sur del Mediterráneo;
- Impacto de los conflictos no resueltos y de la falta, durante un período de tiempo demasiado largo (conflicto árabe-israelí) de una solución equitativa a estos conflictos, que plantea cada día una duda sobre la auténtica voluntad de la comunidad internacional y causa una profunda amargura y un terrible sentimiento de «*dos pesos, dos medidas*»;
- Impacto en Europa del envejecimiento de su población y de su gran ampliación al Este del continente, en términos ciertamente de potencialidades de crecimiento y de poder, aunque también en términos de convergencia más difícil de intereses, valores y prioridades políticas y, en último término, de «capacidad de apertura al otro»;
- Diferenciales acumulativos entre la ribera septentrional y la meridional: demográfico, de nivel de desarrollo y de nivel de poder; de lugar de lo religioso en la relación entre sociedad y poder político y administrativo; de estatuto de las personas y de interpretación de sus derechos inalienables; de flexibilidad y maleabilidad de las sociedades nacionales para la creación de nuevas relaciones necesarias entre identidad cultural y ciudadanía; de capacidad de regulación de las autoridades públicas nacionales...

Estas fuerzas, específicas del espacio euromediterráneo, interactúan permanentemente con las megaevoluciones del mundo y de la geopolítica y con todos los binomios antinómicos que una evolución de este tipo genera: nuevos riesgos y nuevas amenazas (terrorismo; proliferación de armas de destrucción masiva); inestabilidad financiera; fragilidad del sistema internacional y, en particular, de la ONU; uniformización frente a aspiración a la diferenciación.

El reto consiste, pues, en construir una relación que, junto a la asociación económica y comercial, que debe continuarse y desarrollarse, y, en su caso, una asociación política y de seguridad, que podría dibujarse en el futuro, asista a la instauración de un proceso poderoso e igualitario de construcción en todo el espacio euromediterráneo de una **«civilidad común atenta a las diferencias y respetuosa de las peculiaridades»** portadora de un *«querer vivir juntos»*.

El Diálogo de los Pueblos y las Culturas, que debe redefinirse con relación a lo que figura en la Declaración de Barcelona – concebida y aprobada en un contexto internacional totalmente diferente–, debe ser el vector principal de este nuevo proceso.

Eso supone conferirle, actualmente en la Asociación Euromediterránea, tal y como existe, y mañana en la política de vecindad, un lugar y un papel que hasta ahora dista mucho de tener.

2.2. Lugar y papel del Diálogo de los Pueblos y las Culturas en un espacio euromediterráneo vivo

Lo que debe comprenderse bien de entrada es que el Diálogo de los Pueblos y las Culturas ya no puede ser una dimensión menor, yuxtapuesta a las otras, («*el pariente pobre*» del proceso de Barcelona) de la relación euromediterránea, sino que debe convertirse, más allá de sus ámbitos específicos de acción, en una dimensión **transversal**, que aporte a todos los aspectos de la relación euromediterránea su enfoque de «civilidad común», tal y como se ha mencionado anteriormente.

Un papel de este tipo debe estar firmemente estructurado puesto que no se impone naturalmente, como lo demuestra muy concretamente la organización y el funcionamiento de los acuerdos de asociación celebrados entre la Unión y cada uno de sus socios mediterráneos.

Estos acuerdos, gestionados por un Consejo y un Comité de Asociación con un método interestatal y mediante debates por unanimidad entre representantes de los Gobiernos (sin que ni siquiera esté sistemáticamente prevista la institución de Comisiones Parlamentarias Mixtas) no dejan sino muy poco lugar a la consulta y, sobre todo, a la consulta de las fuerzas vivas (colectividades infraestatales, agentes socioeconómicos...) que, tanto al Norte como al Sur, deberían, por el contrario, desempeñar un papel crucial.

¿Cómo, en estas condiciones, imaginar que la relación pueda producir la argamasa de conocimiento y comprensión mutua que precisamente buscamos?

Manifiestamente se precisa otro enfoque y otra práctica.

El asunto, que solo ha recibido hasta ahora escasa atención, es tan importante que debe, sin más dilación, ser objeto de un compromiso fuerte y concreto, que implique no sólo a los Gobiernos y las instituciones, sino también a los ciudadanos y al pueblo.

Debe verse en esto algo de la misma naturaleza que el proceso por el cual la Unión ampliada recientemente se ha puesto en marcha por la vía de una «Constitución», que daba el lugar que le corresponde no solamente a la búsqueda de eficacia, sino, sobre todo, a la relación de ciudadanía común, al respeto de los derechos de las personas, al mantenimiento de la exigencia democrática más elevada.

Europa y el espacio euromediterráneo se encuentran, ambos, en una «encrucijada de caminos»; cada uno debe encontrar nuevas vías y nuevos enfoques so pena de ver las grandes fuerzas mencionadas combinarse negativamente, con consecuencias inmensurables.

Este planteamiento de refundación supone la creación de un verdadero Parlamento Euromediterráneo dotado de verdaderos poderes de iniciativa y de control y promotor de prácticas democráticas en todo el espacio euromediterráneo. Supone, sobre todo, que, a partir de un conjunto de objetivos y principios fundamentales acordados conjuntamente, se cree un apoyo institucional conjunto completo y equilibrado, que permita al diálogo de los pueblos y las culturas inundar toda la relación euromediterránea y darle **esta calidad** particular capaz de humanizar en su seno tanto el impacto de la globalización como el juego de las relaciones internacionales.

2.3. Principios fundadores comunes

i) Por lo que se refiere al Diálogo de los Pueblos y las Culturas, algunos principios fundadores parecen imponerse, de modo que lo importante es poder enunciarlos claramente y de común acuerdo y, al mismo tiempo, poder declinarlos concretamente hasta en sus modalidades operativas y poder comprobar su respeto en la práctica. Desde esta perspectiva práctica es desde donde hemos constituido y jerarquizado el cuerpo de los siguientes principios fundamentales:

- 1) En primer lugar el respeto del otro, sin el cual ningún intercambio es posible.
- 2) A continuación, la igualdad, a todos los niveles: entre Estados, entre pueblos, entre culturas, entre individuos, entre hombres y mujeres, etc.
- 3) La libertad de conciencia, absoluta y sin restricciones de ninguna clase, que depende de los dos principios anteriores.
- 4) La solidaridad, de cualquier tipo y en todo ámbito, en la que las sociedades conocidas como del Sur tienen una vocación particular «de propuesta».
- 5) Por último, el conocimiento, principio fundador del diálogo y del «gusto del otro», que ciertamente es la culminación de los otros principios, pero constituye la condición de su permanencia en la vida diaria tanto de las sociedades como de los individuos.

Resulta, en efecto, esencial poder enriquecer regularmente, y de común acuerdo, estos principios fundamentales respecto de las realidades y su evolución.

El primer principio es ciertamente el del **pleno respeto del otro**, quedando claro que entre los pueblos y entre las culturas, en el espacio euromediterráneo, no puede haber relaciones más importantes que las del conocimiento, del intercambio y de la **libertad de conciencia** (tercer principio fundamental), que debe ser absoluta y sin restricciones de ninguna clase. En consecuencia, la universalización de los valores democráticos y del Estado de Derecho se convierte en un horizonte creíble para el conjunto de los Estados de la cuenca mediterránea. Los discursos que se basan en la defensa de pseudoparticularismos o en la supuesta impermeabilidad de algunas culturas a los Derechos humanos y a la democracia pierden entonces cualquier viso de credibilidad. Estos discursos se oponen al planteamiento propuesto por Leopold Sedar Senghor, que consiste «*en vivir el particularismo hasta el final para encontrar la aurora del universal*». No obstante, el abandono de un relativismo irresponsable en un mundo trastocado por la súbita radicalización de los conflictos no puede ser sinónimo de uniformidad, ya que la democracia lleva necesariamente la impronta de las culturas en las que se desarrolla.

Este principio de respeto mutuo debe conducir a un cambio de mirada para que las actitudes cambien. Implicaría «*revisitar la Historia juntos*», aunque solo sea para reconocer las contribuciones mutuas y, asimismo, todos esos períodos, más o menos largos, en los que este principio fue vulnerado por unos u otros.

Este ejercicio común solo puede llevarse a cabo si se conduce con **rigor** y sin **ninguna complacencia en la lectura del pasado**. De este modo, para propagar el respeto mutuo en las realidades de hoy y en las representaciones del mundo y los planes de futuro, sería un buen punto de partida definir los elementos de formación e información que constituyen la base que debe inculcarse y difundirse a todos los niveles de las sociedades en cuestión, comenzando por los más jóvenes en las escuelas y por la opinión pública en los medios de comunicación.

Este principio de respeto mutuo efectivo, estructurado y bien alimentado, induce un segundo principio fundamental, el de la **igualdad**, en la diversidad y... ante las distintas desigualdades que se puedan constatar. Igualdad no equivale a relatividad. El principio de igualdad del que hablamos aquí debe traducirse concretamente: es la igualdad en la participación en el diálogo, el acceso equitativo al intercambio, todo lo que no se decreta, pero se vive diariamente. La igualdad que expresa espontáneamente el vínculo cultural – y cuyo ámbito natural es la cultura – debe rápidamente ser visible en todos los aspectos de la relación de vecindad euromediterránea. Unas **Instituciones compartidas**, como la Fundación Euromediterránea, pueden rápidamente, tanto a corto como a largo plazo, responder a esta aspiración, convertida en exigencia. Para ello, esta Fundación debe proclamar y obedecer algunos principios de acción tanto en su funcionamiento como en la elección de sus ámbitos de actividad (véase infra, apartado 3.2.).

Realmente constituiría una importante innovación del espacio euromediterráneo que fuera el lugar privilegiado de una tensión permanente de todos hacia este principio de igualdad (entre Estados, entre pueblos, culturas, individuos, hombres y mujeres), más allá de las diferencias (todas respetables) y las desigualdades sufridas con demasiada frecuencia.

Hacer de la igualdad un principio fundador del Diálogo en el espacio euromediterráneo requiere que las mujeres sean los protagonistas y los primeros beneficiarios. Debemos, en efecto, tener permanentemente conciencia de que la cultura solo tendrá buena salud en este espacio si la mujer desempeña plenamente su papel en el mismo. La mujer como vector de una mutación global, y no la mujer como una categoría entre otras. Tanto la idea de una vecindad serena, como la relación en red en que se exprese solo tienen razón de ser si integran a las mujeres como vectores de la transformación que se espera – puesto que éstas ocupan un lugar central en la educación y las relaciones interpersonales - y, en consecuencia, de una metamorfosis radical de las sociedades civiles tanto al Norte como al Sur de este espacio. Sólo la mujer puede efectivamente establecer el vínculo entre universos a veces demasiado centrados en sí mismos y que, sin ella, seguirán ignorándose y refiriéndose a categorías de tensiones o bloqueos. Guardianas de las tradiciones, si bien cuán abiertas a los cambios y la emancipación, las mujeres tienen, en efecto, esta aptitud única de hacer que cotidianamente dialoguen especificidades y universalidades. Sobre todo, como lo ha demostrado el informe del PNUD. (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) sobre «*el desarrollo humano en el mundo árabe*», las mujeres son por regla general los agentes más dinámicos de desarrollo económico... a pesar de las discriminaciones de las que siguen siendo a menudo objeto.

Aliado al principio del respeto mutuo, el de la igualdad ha de producir una infinita riqueza de propuestas e ideas que no se han de juzgar sino por el rasero de sus méritos respectivos, y no en función del poder y la potencia (económica, financiera, militar o de otro tipo) de quien las haya formulado.

Por medio de tales propuestas, centradas en el interés común euromediterráneo, se forjará el concepto de un porvenir común y, en consecuencia, de una **solidaridad** necesaria (cuarto principio fundamental), a su vez enraizada en un «**conocimiento cada vez más profundo**» de los pueblos y las culturas (quinto principio fundamental).

ii) Estos principios fundamentales (que, en su caso, han de consagrarse en una Carta) deben servir de apoyo activo y alimento efectivo a todos los que – desde Jefes de Estados hasta asociaciones locales y grupos de ciudadanos y ciudadanas, pasando por asambleas parlamentarias, sindicatos o ONGs – se sienten responsables de la construcción del espacio euromediterráneo. Para que pueda

ser así, los principios fundamentales estructuradores del Diálogo deben declinarse en cinco principios de acción destinados a estructurar el cambio:

- Principio de **equidad**, al servicio de la igualdad: se trata efectivamente de iniciar y desarrollar un diálogo sobre las distintas maneras de interpretar – y concretar – valores compartidos de civilizaciones, y no un diálogo (generalmente desigual) entre civilizaciones.
- Principio de **apropiación y responsabilidad compartida**, vinculado con el precedente: se trata de poner fin al sentimiento de desequilibrio experimentado por algunos socios llamados del Sur. Es especialmente importante en el contexto de la Asociación Euromediterránea y debería, para comenzar, traducirse en la instauración de Instituciones conjuntas, que contribuyan a una responsabilización de todos los socios.
- Principio de **transversalidad**: en materia de cultura – considerada, recordémoslo, en el sentido antropológico del término –, cualquier cuestión abordada en un contexto/eje dado (Norte, Sur, Norte-Sur/Sur-Norte) tiene prolongaciones en otros, al igual que ocurre con cualquier iniciativa.
- Principio de **enriquecimiento mutuo**: el Diálogo cultural no debe aislarse de las restantes dimensiones (políticas, económicas, de seguridad) de las relaciones entre pueblos y países, sino que debe nutrirse de las mismas, nutriéndolas a su vez. El Diálogo entre Pueblos y Culturas solo tiene valor añadido si contribuye a la instauración de una coherencia, aceptable por todos, en estas otras dimensiones.
- Principio de **cooperación** (al servicio de la solidaridad) para traducir el Diálogo iniciado de manera tan concreta como sea posible y cercana de las necesidades y los retos reales.

2.4. El necesario apoyo institucional conjunto

i) Para infundir un sentimiento de responsabilidad propia o compartida en todos los responsables de las decisiones y en todos los agentes, es imperativamente necesario proteger y transmitir los principios fundamentales no sólo por su traducción en estos principios operativos, que pueden servir de guía a la acción, sino también por la instauración de un **dispositivo institucional conjunto**, en el que poderes y contrapoderes se equilibren eficazmente. A la espera de la instauración de dicho dispositivo, la Fundación Euromediterránea será el único lugar – y el único vínculo – institucional conjunto donde tendrá lugar la transición de lo posible a lo deseable.

Ni el Consejo Euromediterráneo, ni los Consejos y el Comité de Asociación son suficientes para garantizar una protección, ni unos mecanismos de relevo, ni el adecuado equilibrio entre poderes y competencias. Sin duda, no es totalmente por azar por lo que, en la Unión Europea, pareció necesario instaurar un Parlamento Europeo (primero, emanación de las Asambleas nacionales, posteriormente elegido por sufragio universal directo), una Comisión Europea (guardiana de los Tratados y titular de un monopolio de propuesta a la luz del interés común), un Tribunal de Justicia que dicta el Derecho, un Comité de las Regiones y un Comité Económico y Social.

Sin pretender, en ningún caso, una transposición pura y simple, es evidente que hay en ello, sin embargo, materia de reflexión, así como por lo que se refiere al «camino» seguido por el aparato institucional de la Unión Europea hasta ir **progresivamente** surgiendo.

ii) Puesto que el Diálogo de los Pueblos y las Culturas adquiere para el espacio euromediterráneo una importancia crucial, insospechada en el momento de la Declaración de Barcelona de noviembre de 1995, ¿por qué no comenzar por este apoyo institucional conjunto?

El «*pariente pobre*» del Proceso de Barcelona se convertiría así, signo de los tiempos, en la cabeza de puente de la futura relación euromediterránea.

Existiría un Consejo Euromediterráneo de Cultura y Educación (es por lo menos paradójico constatar que, desde el lanzamiento del proceso de Barcelona, solo se han consagrado dos conferencias ministeriales sectoriales al tema de la cultura, mientras que nunca se han reunido los Ministros de Educación e Investigación).

Habría una Asamblea Parlamentaria Euromediterránea, que contaría en su seno con una poderosa Comisión para el Diálogo de los Pueblos y las Culturas.

Existiría una Fundación que podría, junto con la Asamblea Parlamentaria, llamar la atención de los socios acerca de las vulneraciones de los principios fundamentales y, con el Consejo, elaborar prioridades programáticas, correspondiéndole como competencia propia una tarea de evaluación autónoma de los programas culturales en curso y del impacto cultural de las restantes medidas (privatización, apertura comercial, política de visados e inmigración, lucha contra la discriminación...). En el ejercicio de su papel de elaboración, esta Fundación debería tener en cuenta, en la mayor medida posible, las experiencias e iniciativas desarrolladas por las colectividades locales, poniendo con ello de relieve el lugar que las mismas ocupan y ... que está abocado a aumentar en el diálogo intercultural de cada día.

Los agentes de la sociedad civil, organizados de manera geográfica o temática, tendrían pleno acceso a cada una de estas tres instituciones conjuntas que, tanto por separado como conjuntamente, han de percibir mucho mejor las dificultades y los retos de un verdadero Diálogo de los Pueblos y las Culturas, así como las distintas maneras de superarlos eficazmente.

2.5. Heterogeneidad de los destinatarios de nuestras recomendaciones y de las condiciones de viabilidad que deben satisfacerse

Debemos tener en cuenta la heterogeneidad de los agentes del Diálogo y los destinatarios de nuestras recomendaciones. Nos parece asimismo que la eficacia del Diálogo exige igualmente considerar la diversidad de las condiciones de viabilidad (política, institucional, económica, empresarial, etc) que han de satisfacerse para que estas recomendaciones surtan efecto.

Nuestra reflexión y nuestras recomendaciones de acción, que van de lo más estructural a lo más particular se dirigen, en nuestro espíritu, a una gran diversidad de **destinatarios** que, en su mayoría, son, al mismo tiempo, agentes del Diálogo.

- Quienes van a concebir y construir la política de vecindad de la Unión Europea, con el objetivo de, por una parte, establecer con ella y en torno a ella un «*círculo de amigos*» y, asimismo, por otra, procurar que – vista desde el Sur – aparezca para el mayor número de ciudadanos como una «*amiga*».
- Quienes, en los Estados tanto del Sur como del Norte, son responsables y están comprometidos en políticas y acciones que pueden contribuir a este necesario Diálogo, así como a los progresos que el mismo impulsa con objeto de combatir cualquier forma de discriminación, desinformación, ignorancia, ataque a la dignidad humana, relación desigual entre Estados, entre poblaciones, entre hombres y mujeres, entre individuos.
- Quienes, en las sociedades del Norte y del Sur, puedan basarse en nuestras recomendaciones para invitar a los responsables políticos a concretarlas en cumplimiento de los principios y conceptos de acción que definimos.

Para que este «pliego de condiciones» sumario de los agentes no se quede en una mera petición de principios, sino que, al contrario, se concrete, para que el Diálogo produzca sus frutos, deben darse espontáneamente, o haberse previamente instaurado, una serie de **condiciones de viabilidad**.

La primera condición es la toma de conciencia y el respeto por los responsables políticos de las dos riberas de que el ámbito de la cultura es, en primer lugar y ante todo, el de la igualdad de hecho y de principio entre todas las partes interesadas. Para ello, los responsables deben participar en el «nuevo triángulo institucional» que hemos definido (véase supra, apartado 2.4.), en el seno del cual la Fundación Euromediterránea debe desempeñar un papel determinante de «guardiana de los principios» de acción del Diálogo (véase infra, apartado 3.2.). Ninguna forma cultural puede aspirar a ninguna superioridad. Todas, por diferentes que sean, tienen en común la misma característica de ser, cada una, una manifestación de la especificidad humana y, a este respecto, son todas iguales.

La segunda condición, que deriva inmediatamente de la anterior, se refiere a que la UE y sus vecinos mediterráneos deben tener conciencia de que, tanto en su propio seno como entre los dos conjuntos que forman, de ahora en adelante, presenta capital importancia la dimensión cultural de la Historia que se está gestando. Responde a la voluntad de Europa «*de nutrir su identidad con todas las vecindades de las que está constituida*» y establece en torno a sí. Responde al deseo de los pueblos del Mediterráneo de que se conozca y reconozca su contribución a la civilización universal. Responde asimismo a la necesidad de establecer vínculos entre Europa y los restantes países ribereños del Mediterráneo sobre unas bases de buena inteligencia.

La tercera condición es que la voluntad de valorar la dimensión cultural y humana se exprese claramente y concrete rápidamente tanto en el eje Norte-Sur que constituye la Asociación Euromediterránea como en el Norte y el Sur del Mediterráneo.

- En el Norte, donde el fondo cultural original está abocado en todos los sentidos a transformarse y adaptarse a una situación cada vez más marcadamente multicultural, pluriétnica y multinacional, el mensaje debe ser doble: aprender a *valorar* esta nueva riqueza y tender hacia un diálogo y una sociedad *interculturales*, es decir, asumidos y construidos conjuntamente. La manera de valorar esta dimensión cultural pasa principalmente por la **educación** (desde la fase escolar, la infancia, aunque también en el marco de la familia), así como por la **vida laboral y ciudadana** (lo que requiere igualmente una acción en materia de **medios de comunicación**).
- En el Sur, la aparición de socios que sean, a un mismo tiempo, sólidos y abiertos constituye la condición suficiente para que la multiplicación de los avances en el Norte y en las relaciones Norte-Sur/Sur-Norte produzca los efectos esperados. El mensaje es, pues, claro: para obtener estos resultados, hay iniciativas que solo pueden tomarse por los Estados y las sociedades civiles *del Sur*. A este respecto, la implicación de las sociedades civiles en el lanzamiento y el desarrollo de estas iniciativas depende de unas «**condiciones mínimas**» de eficacia. La respuesta a esta necesidad pasa, como mínimo, por la definición de entre estas condiciones de algunas que permitan establecer e impulsar «dinámicas asociativas» (sindicatos, asociaciones, etc) en estas sociedades civiles y suscitar y atraer inversiones recíprocas (marco jurídico, Estado de Derecho). Todo esto pone de manifiesto que debe concederse la misma importancia, tanto al Sur como al Norte, y por un orden de prioridad similar, a la educación, los medios de comunicación y la vida laboral y ciudadana.
- En el eje Norte-Sur/Sur-Norte, en el que la manera de funcionar de la Asociación Euromediterránea no genera una calidad de relaciones que se corresponda con la intensidad de

los vínculos culturales e interpersonales, el mensaje debe de ser el de replantear esta Asociación, a la luz de la *dimensión cultural* – y de los principios vinculados a la misma -. Esto no significa, sin embargo, que la cultura pueda ser ningún «sustituto» de las iniciativas que deban llevarse a cabo en otros ámbitos ni ninguna «panacea». En virtud del principio de enriquecimiento mutuo, la cultura puede aportar sentido y coherencia siempre que en el eje de la relación de vecindad euromediterránea se sitúe la dimensión humana.

La respuesta al riesgo de una incompreensión creciente en cuanto a la naturaleza de una asociación auténtica, en el contexto de la «vecindad» finalmente equilibrada, se encuentra precisamente en unas **Instituciones compartidas**: Fundación Euromediterránea y Banco Euromediterráneo para comenzar, seguidas rápidamente por ese «triángulo institucional» cuya arquitectura hemos resumido (véase supra, apartado 2.4.). Dichas Instituciones parecen las más adecuadas para traducir en hechos la **igualdad cultural** e impulsar a tal efecto un planteamiento voluntarista de carácter político y cultural.

III. UN DIÁLOGO RENOVADO QUE DEBE INICIARSE SIN DILACIÓN

Para que un diálogo intercultural renovado produzca los efectos previstos en la relación euromediterránea y constituya un auténtico laboratorio del que el conjunto de las regiones del mundo pueda extraer lecciones útiles, es preciso que constituya en su aplicación, desde sus primeras condicionalidades hasta sus modalidades diarias de funcionamiento, una herramienta modelo, capaz de éxitos incontestables y resultados, si no inmediatamente «mensurables», al menos visibles a largo plazo.

El elemento de duración es capital. Las recomendaciones que deseamos presentar a los responsables políticos y a los agentes de la sociedad civil forman un conjunto indisoluble en el tiempo. La urgencia apremia en todas partes, en todos los sectores de actividades en cuestión. Aunque algunas acciones, ciertos métodos de funcionamiento, la aplicación de determinados instrumentos requieren paciencia y perseverancia en el tiempo, ninguna de nuestras recomendaciones admite retrasos en cuanto a la decisión de su adopción. Se trata nada menos que de la coherencia del conjunto, de su eficacia global y, en definitiva, de la credibilidad de todo el esfuerzo iniciado por los distintos socios del Diálogo.

El éxito de dicho Diálogo se basa, en realidad, en tres elementos igualmente indisolubles. A *priori*, se trata de establecer las condiciones del Diálogo y, en particular, la primera de entre ellas, es decir, la capacidad de los agentes de dialogar. El instrumento privilegiado de esta fase preliminar, es la educación. Luego, en el centro del proceso, tiene lugar el funcionamiento diario del Diálogo, su traducción efectiva a un auténtico intercambio por medio de instrumentos de comunicación interpersonal y entre colectividades, virtuales o físicos, así como de programas de movilidad de personas y las acciones que conlleven. Por último, es necesario posteriormente consolidar el proceso, acompañarlo, difundirlo a todos los niveles de las sociedades civiles. Éste es el papel crucial de los medios de comunicación y de todos aquellos que, de una manera u otra, influyen en la lenta maduración de las opiniones.

Estos tres elementos sucesivos en el espacio y el tiempo son, por otra parte, una base necesaria pero no suficiente. Necesitan estar apoyados por un marco de adopción de decisiones adecuado. Hemos hecho hincapié anteriormente en el necesario soporte institucional común a las dos riberas del Mediterráneo. Puesto que se trata de acciones concretas, es necesario un instrumento que les permita tomar cuerpo, administrativa y jurídicamente. Cuando la aplicación de estas acciones no corresponda al poder público, la Fundación Euromediterránea para la Cultura debería obviamente desempeñar el papel motor. Basta con que las autoridades públicas le asignen objetivos claros en este sentido y le garanticen los poderes y medios necesarios. Los resultados y éxitos de la

Fundación se medirán, por ejemplo, por la consideración transversal de la igualdad entre los hombres y las mujeres en todos los niveles de su actividad: la creación en su seno de un Observatorio del Género (*Gender Watch*) podría contribuir a ello. Para que tal planteamiento se inscriba perfectamente en el papel – más amplio – de vigía de la Fundación, ésta debería dotarse de una «**célula de vigilancia**» encargada de la enumeración de las «mejores prácticas» sociales y del diálogo intercultural con el objetivo de comprobar la viabilidad de su extensión a una escala más amplia.

Cuando la ejecución de las acciones y, sobre todo, la decisión de emprenderlas, sean competencia, por el contrario, del poder público, le corresponde a este tomar a su cargo, consagrar oficialmente y apoyar en el momento de la acción las recomendaciones que le presentemos, cualquiera que sea el nivel de la adopción de decisiones, ya se trate de la esfera local, nacional, comunitaria o regional (en el sentido de la región euromediterránea). Constituye una de las condiciones *sine qua non* del éxito de un Diálogo renovado en su conjunto, significa asimismo la garantía de que éste se apoya en una fuerte voluntad política: un Diálogo de este tipo no carece de riesgos, por lo que deben ponderarse cuidadosamente todas sus consecuencias.

3.1. Recomendaciones de acciones que deben emprenderse y de decisiones que deben adoptarse

3.1.1. Hacer de la educación un vector central de aprendizaje de la diversidad, de conocimiento del otro

La educación se encuentra en el centro de nuestras recomendaciones, constituye el eje crucial del conjunto del dispositivo, sin el cual el Diálogo resulta inútil, al no haber protagonistas del Diálogo, ni interlocutores capaces de recibir y transmitir el conocimiento. No acudir a la educación como herramienta privilegiada del Diálogo, es aceptar la idea de reservarlo a una élite encerrada en sí misma, en una especie de infernal sucesión de «Grupos de Sabios» sin eco y sin porvenir. La educación es el medio de que el Diálogo revitalice las sociedades civiles, impregne el tejido social, se convierta en un auténtico diálogo de los pueblos, unos pueblos ilustrados por el conocimiento de ellos mismos y de los otros y animados del deseo de profundizar en este conocimiento. Es condición misma de la apropiación, uno de los cinco principios de acción en que se fundan nuestras propuestas.

Cualquier acción en este ámbito comienza por la **escuela**, desde la más tierna edad, aquella en la que se determinan los comportamientos futuros. En la escuela es donde el niño aprende el respeto, respeto de sí mismo en primer lugar, respeto del otro a continuación; es en la escuela donde descubre una mirada sobre sí mismo, que no es gratuita, sino que precisamente determina su mirada sobre el otro; por poco que se le estimule por profesores preparados y formados a tal efecto, es en la escuela donde el niño realiza el aprendizaje del gusto, de la curiosidad, del deseo de cruzar las fronteras del conocimiento. A lo largo del ciclo educativo va recibiendo poco a poco los fundamentos del conocimiento que le permitirán, una vez adulto, forjarse un pensamiento crítico y asumir libremente las opciones de su conciencia respetando la del otro.

Para que la escuela cumpla este papel es, no obstante, necesario que determinadas **exigencias previas** se acepten y cumplan en todos los niveles de los sistemas educativos:

- una exigencia de reorientación de los objetivos mismos del sistema escolar: a una lógica «productivista» del ciclo educativo debe asociarse de ahora en adelante una lógica «cívica», que aspire no sólo a la preparación para la vida activa, sino también al acceso a la cultura y al aprendizaje de la ciudadanía;

- una exigencia corolario de la precedente, que consiste en otorgar un lugar central en los programas educativos a aquellas materias cuya enseñanza contribuye a la construcción de la identidad cultural y la conciencia ciudadana: la historia, el estudio comparado de las religiones, la literatura, las artes plásticas y visuales, las lenguas;
- una exigencia de equilibrio de los conocimientos: para dialogar respetando al otro, es necesario que el conocimiento recíproco se nutra de una enseñanza comparativa de las materias que contribuyen a la expresión de la libertad de conciencia y a la construcción de los imaginarios y las culturas en sus diversidades geográficas e idénticas; ello es crucial para la enseñanza de las religiones, pero es también importante para la historia, la literatura y, por supuesto, las lenguas.

Más que un cuestionamiento del contenido particular de las enseñanzas, estas tres exigencias suponen una **reordenación de los programas**, que no trastoca nada, sino que, por el juego de los equilibrios en el descubrimiento de la diversidad de las culturas, permite acceder a la capacidad de diálogo. Suponen, asimismo, una revisión, en este sentido, de los criterios de evaluación de los sistemas educativos y, en particular, de los «indicadores de resultados» utilizados o puestos a punto por los Ministerios de Educación y por los organismos internacionales competentes (UNESCO, PNUD, OCDE, etc).

Sin embargo, hay que ser consciente de que dicho planteamiento no es fácil de llevar a la práctica puesto que requiere una fuerte voluntad política al nivel de la decisión, una constancia en el esfuerzo por parte de los profesores, una vigilancia permanente en su aplicación por todos. Pedimos a todos los Estados de la región, que tienen la responsabilidad exclusiva de cualquier decisión sobre este tema, que se comprometan sin demora en este esfuerzo y ejerzan la vigilancia requerida.

El respeto mutuo y la posibilidad de un análisis comparativo de las religiones dependen del reconocimiento de la diversidad religiosa. Respetable en sí, la identidad religiosa debe, no obstante, seguir siendo abierta y, a este respecto, es necesario rechazar con fuerza las lógicas de repliegue sobre sí. La comprensión profunda de la religión del otro exige un esfuerzo de conocimiento recíproco. En virtud de esta empatía uno se dispone a comprender positivamente el sistema de representación del otro. Sin embargo, ir hacia el otro no significa el olvido de sí mismo y a menudo supone una vuelta sobre sí mismo. Ninguna «comunidad» religiosa preocupada por dialogar podrá ahorrarse una reflexión sobre su propia aptitud para dar ese paso. Más allá del esfuerzo que deberán realizar las comunidades religiosas, nos parece evidente que el cumplimiento de este objetivo sigue, sobre todo, pendiente de la ejecución de un **proyecto educativo**. Así concebida, la educación permite contemplar serenamente la culminación del proceso de secularización, posteriormente de laicización, traducción, entre otras cosas, de una forma contemporánea de modernidad. Por ello, la escuela debe ilustrar los espíritus sobre las funciones psicosociales, culturales y, a veces, «políticas» del hecho religioso. Un planteamiento de este tipo permitiría, sin duda alguna, aguzar la inteligencia crítica, alimentándola, y prevenir el aumento de un comunitarismo, a veces delirante.

La consecuencia de lo que precede es capital para el sistema educativo, en particular, para los profesores de las materias religiosas. ¿Quién debe enseñar religión? ¿Quién puede válidamente exponer los distintos contenidos doctrinales de las religiones? Aquí, es preciso huir de una posible confusión. Es necesario, en efecto, distinguir claramente la enseñanza religiosa, en el sentido en el que la entienden los fieles de una religión, que consiste en transmitir sus valores, sus dogmas, su liturgia, con vistas a una buena práctica de ese culto religioso (como el catecismo católico), y la enseñanza comparativa de las religiones, que solo se refiere al conocimiento del hecho religioso y de su historia. Esta última enseñanza, y solo ella, constituye una de las bases del aprendizaje del diálogo de las culturas a través de la educación. El primero es absolutamente respetable pero se

sitúa fuera del ámbito del objetivo. De lo anteriormente dicho se desprende que la enseñanza comparativa de las religiones debe confiarse a profesionales de la educación capaces, más allá de sus propias opciones de conciencia, de transmitir un análisis comparado de las religiones *con la objetividad del experto y no con la pasión del adepto*. Es una opción indispensable que condiciona el éxito del Diálogo por la educación.

La dificultad del ejercicio radica en la integración en la esfera de la educación del hecho religioso, especialmente sensible en el área euromediterránea, teniendo en cuenta su carácter irreducible y su vocación hacia lo absoluto, sin alterar la pedagogía del conocimiento recíproco basado en la curiosidad, el respeto de sí y la apertura al otro.

La cuestión clave, es, pues, la de la **formación de los profesores**. Proponemos una iniciativa en este ámbito destinada a facilitar la aplicación por una red de instituciones universitarias de las dos riberas del Mediterráneo de sesiones de formación de los profesores de enseñanza primaria y secundaria en el análisis comparativo de las materias (incluidas las religiones) que contribuyen a la construcción de la identidad cultural y la sensibilización hacia la pedagogía del conocimiento recíproco y las técnicas del diálogo interpersonal. Estas sesiones deberían ser organizadas en cada una de las universidades de la red, sobre la base de un principio de reciprocidad y movilidad de los profesores del Norte hacia el Sur y viceversa. Teniendo en cuenta la amplitud de las necesidades, una acción de este tipo requiere recursos financieros (sistema de becas) y administrativos muy importantes, que suponen un compromiso muy fuerte de todos los Estados del Mediterráneo y las Instituciones europeas. Estos recursos serán, en efecto, indispensables para que pueda prolongarse en el tiempo un seguimiento, sin el que quedarían hipotecadas la razón de ser y la eficacia de dichas acciones. Habida cuenta de la desigualdad de recursos entre ribera septentrional y ribera meridional, pedimos a la Comisión Europea que analice la posibilidad de establecer un instrumento de cooperación específico que venga a reforzar (financieramente) y enriquecer (conceptualmente) los programas existentes (MED TEMPUS) con el apoyo de la futura Fundación Euromediterránea para la Cultura.

El **aprendizaje de idiomas** es también una cuestión clave. Más allá de la facilidad mecánica de comunicación, el conocimiento del idioma del otro otorga al intercambio verbal, al diálogo, una intensidad, un sabor, un tono de complicidad que ningún intérprete, por muy dotado que esté, puede realmente traducir. Pedimos a todos los Estados de la región, sobre quienes en primer lugar recae la responsabilidad, que realicen un esfuerzo para, por una parte, intensificar en los programas escolares el aprendizaje de los idiomas «del vecino» y, por otra, aumentar en consecuencia las capacidades del cuerpo docente para hacer frente a las nuevas necesidades. Pedimos a la Comisión Europea que estudie los medios de apoyo en la materia a los Estados del Sur. Pedimos asimismo un esfuerzo particular a los Estados de la ribera septentrional del Mediterráneo para promover entre sus escolares el aprendizaje de los idiomas del Sur del Mediterráneo y, en particular, el árabe. Un movimiento de estímulo de este tipo, un esfuerzo de esta índole para infundir en las jóvenes generaciones europeas el gusto por estos idiomas, el deseo de conocerlos, constituirá un paso decisivo hacia un diálogo renovado entre las dos riberas del Mediterráneo, así como un elemento determinante del diálogo, dentro de Europa, entre las poblaciones locales y los nuevos europeos resultantes de la migración.

Pero el aprendizaje por los jóvenes del Diálogo de las Culturas no es solo una cuestión de enseñanza y renovación de las condiciones de su ejercicio en los centros escolares. Es también una cuestión que atañe sobre todo a las familias, lo que exige implicar a éstas en la vida escolar para que la transmisión de conocimientos se opere en condiciones de complementariedad y no de competencia. Es también una cuestión de **movimiento** y **comunicación**. Los jóvenes deben moverse, descubrir la diversidad de las culturas por el viaje, por el intercambio, por el placer del cruce de mares y fronteras. Es preciso que los centros escolares comprometidos con el

aprendizaje del diálogo lo practiquen hablándose de una orilla a otra del Mediterráneo. La movilidad, el intercambio no deben reservarse a una élite universitaria. Si se quiere que el diálogo de las culturas impregne el tejido social, es preciso que la escuela, que es su núcleo, su «urdimbre», se abra al descubrimiento de sus homólogos de allende los mares, por medio – entre otras cosas – de hermanamientos, e impulse a los alumnos a ir al encuentro de sus condiscípulos de la otra orilla. Para esto también se necesitan recursos. A imagen de lo que se ha hecho con los programas de movilidad estudiantil en Europa y el programa Euromed Juventud y paralelamente al necesario refuerzo de los programas existentes de movilidad de estudiantes en la zona euromediterránea (movilidad para estudiantes en curso de estudios y no simplemente para los de alto nivel al final de los estudios, principio de reciprocidad efectiva y garantía de la vuelta al país de origen), deseamos que se elabore un extenso programa de movilidad para el mundo escolar en el ámbito euromediterráneo (grupo de edad privilegiado: 10/12 años). Este programa debería incluir intercambios de corta duración, la financiación de los gastos de viaje y de alojamiento en familias de acogida, así como el acompañamiento de los alumnos por un marco profesoral adecuado. Estos intercambios, vinculados o no al hermanamiento de los establecimientos de origen y acogida, deben ser realmente intercambios y producir flujos de alumnos tanto del Sur hacia el Norte como del Norte hacia el Sur o del Sur hacia el Sur. Para aprovechar al máximo estos intercambios en términos de conocimiento recíproco, deberían ir sistemáticamente acompañados de un esfuerzo progresivo de aproximación de los contenidos pedagógicos y del intercambio de módulos educativos en todas las materias que contribuyen a la construcción de las identidades (culturas, historia, literatura, etc) con la idea de llegar a largo plazo a programas de saberes compartidos.

Este esfuerzo de aproximación de los contenidos pedagógicos de la enseñanza escolar debería ser el prelude de una acción en profundidad a más largo plazo: la instauración, en el ámbito de las ciencias humanas, de un zócalo de **conocimientos comunes** y no ya simplemente compartidos. Se tratará de proceder a una verdadera refundación de las ciencias humanas, de revisar a fondo la Historia de la región mediterránea en sus dimensiones antropológica, jurídica, cultural, religiosa, económica y social, de modo que todas las interpretaciones tendenciosas, todas las ambigüedades engañosas del lenguaje y el vocabulario, todas las falsas verdades, todas las imágenes deformadas del otro, todas las muestras de desconfianza recíproca y su explotación política e ideológica se revelen y aparten, no para ocultarlas, ya que las mentiras forman también parte de la Historia, sino para presentarlas como tales. Este inmenso trabajo, de larga duración, deberá basarse en los estudios ya existentes sobre el tema, así como en las obras clásicas y de referencia, cuya difusión y traducción deberán ampliarse y respaldarse por los Estados de la región, únicos responsables en esta materia, así como, por otra parte, por los sectores editoriales comprometidos en este tipo de publicaciones. Será preciso revisar los libros escolares que versen sobre la Historia de la región mediterránea para señalar todos los estereotipos negativos que se encuentran en los mismos y tratarlos como lo que son. Un trabajo de este tipo no puede llevarse a cabo de manera aislada por algunos especialistas reconocidos en cada uno de los Estados de la región. Estos tienen la responsabilidad política de aplicar esta acción pero deberán trabajar en estrecha concertación y prever herramientas comunes para llevar a buen término este difícil ejercicio. Proponemos para ello un apoyo institucional a dos niveles:

- por una parte, para el análisis semántico de los textos, el rastreo de las ambigüedades de lenguaje y vocabulario, la creación de una Academia Euromediterránea, formada por escritores y personalidades de reconocido prestigio en la materia, representativos del conjunto de la región, que funcione con el apoyo de la Fundación Euromediterránea para la Cultura;
- por otra parte, para la investigación histórica propiamente dicha en todas sus dimensiones, la instauración de una red universitaria especializada en las dos riberas del Mediterráneo, cuyos trabajos den lugar a encuentros periódicos en una u otra de sus universidades, con un

calendario muy preciso distribuido a lo largo del número de años que sea necesario para finalizar la tarea; en este caso también, la Fundación debería poder asumir la carga de esta red, inspirándose en las ideas desarrolladas con motivo de la preparación del antiguo programa Euromed Ciencias Humanas.

En la línea de esta propuesta, y para garantizar su perennidad, por medio de la recogida, la difusión y la profundización científica de los conocimientos comunes que resulten de estos trabajos, sugerimos igualmente la instauración, con carácter permanente, de **Centros de Estudios Euromediterráneos** y la creación de una red de cátedras de universidad en toda la cuenca mediterránea, bajo la denominación «**Red Braudel-Ibn Jaldun**», por el nombre del historiador europeo (1902-1985), en el primer caso, autor de «El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II», creador del concepto de economía mundial a partir de un enfoque multidisciplinar y antropológico y el nombre del más célebre historiador árabe (1332-1406), en el segundo caso, autor de «Kitab al-Ibar», historiador de la época preislámica y de los imperios musulmanes. Esta red Braudel-Ibn Jaldun, vinculada a la Fundación, podría inspirarse en la red Jean Monnet, interconectarse a la misma y constituir su prolongación natural en el Mediterráneo con el espíritu de la política de vecindad y en apoyo de la misma. De nuevo, en este caso, pedimos a la Comisión Europea que estudie la posibilidad de poner a disposición los oportunos recursos de funcionamiento para esta red, como complemento del dispositivo actualmente existente para la red Jean Monnet. Un marco como éste sería evidentemente propicio a la creación, por ejemplo, de un curso de posgrado en estudios culturales mediterráneos en las universidades de la cuenca mediterránea.

3.1.2. Promover la movilidad, el intercambio y la valoración de los conocimientos técnicos, las competencias y las mejores prácticas sociales

El marco operativo definido anteriormente para la educación desempeña un papel central, pero no basta por sí solo para nutrir el Diálogo de los Pueblos y las Culturas en el espacio euromediterráneo. Lo que pasa fuera de la escuela o la universidad puede ser tan determinante para infundir, o no, en los jóvenes la capacidad de diálogo, el gusto de acercarse al otro, de encontrarse con él e intercambiar experiencias. Fuera de la escuela, la impronta del medio familiar, local o asociativo puede ser decisivo y llegar a veces a contradecir, o incluso prohibir, la puesta en práctica de los esfuerzos realizados en la escuela para acceder al conocimiento recíproco. Es, pues, erróneo pensar que la educación se detiene a las puertas de la escuela. Es preciso asimismo realizar un esfuerzo particular en dirección de las familias, de los padres en particular, de los adultos, en general, y también de todo aquello que se agrupa bajo la denominación no controlada de «sector educativo informal». Se pueden considerar, con toda razón, la infancia y la juventud como el «objetivo» privilegiado de nuestros esfuerzos. Los adultos, tanto en su calidad de profesores como para su propio desarrollo personal, deben también ser educados, formados, informados y sensibilizados. La «formación permanente» o la «educación a lo largo de toda la vida» no debe, no puede, como tampoco la educación escolar, concentrarse exclusivamente en la integración en la vida profesional. El acceso a la cultura y a la ciudadanía se han convertido, hoy en día, en un objetivo principal, del mismo modo que para los jóvenes y los niños.

De aquí la importancia crucial, desde nuestro punto de vista, de organizar fuera del sistema educativo **lugares de encuentro «cívicos»**, de otra naturaleza, en último término, de la de aquellos en los que se establecen los «contactos» (!) entre inmigrantes y aduaneros, inmigrantes y policías, etc, lugares de diálogo, lugares donde puedan intercambiarse palabras y miradas, entre adultos, entre jóvenes, entre generaciones. Ya que el Diálogo de las Culturas es también un diálogo de las generaciones, sin olvidar que puede ser también, debe ser también, un diálogo de los medios sociales, de medios a menudo recluidos en guetos, encerrados en sus angustias, sus

prejuicios, su odio hacia quienes tienen más o quisieran más, su odio de la arrogancia, su miedo de la miseria, sus «imaginarios cruzados». La mixtura social, éste deberá ser el objetivo prioritario de estos lugares de civismo, que las sociedades llamadas «civiles» deberían asumir y organizar en redes con el apoyo de la Fundación Euromediterránea sobre el Diálogo de las Culturas y la asistencia de los poderes públicos locales y nacionales de ambas riberas del Mediterráneo.

La organización en redes de estos lugares de intercambio, de estos puntos de encuentro, tiene la doble ventaja, por una parte, de evitar la dispersión y la incoherencia de las iniciativas de este tipo, trampa terrible y garantía de fracaso a largo plazo, y, por otra, de garantizar un formidable efecto desmultiplicador de los intercambios y encuentros. Ningún grupo, ninguna manera de pensar se encierra en un enfrentamiento, a veces mortal, a menudo generador de conflictos, con su otro. Siempre existe un otro del otro, una tercera intervención, una incesante transferencia del diálogo hacia otros horizontes, otras salidas, otras escuchas, otras respuestas.

No obstante, es necesario huir de una tentación que puede ser fuerte para las redes, la de limitarse a una comunicación virtual por la intervención, que puede resultar perversa, de los medios electrónicos modernos. Los lugares de encuentro deben seguir siendo lugares, en el sentido físico del término, lugares donde se puedan experimentar todas las facetas del diálogo, donde el intercambio no sea solo abstracto y se enriquezca con el contacto, lugares donde se pueda hablar, observar, tocar, escuchar el tono de la voz, la música de la palabra, distinguir el color de la cara, la emoción de la mirada, el gesto de la mano, inhalar los olores, los aromas, los perfumes, cuántas formas de lenguaje que tanto dicen sobre uno mismo y sobre el otro, cuántas ocasiones de aprender el diálogo de las culturas a través del diálogo de los sentidos. Es preciso igualmente imaginar un «lugar de los lugares», uno o varios encuentros al año de todos aquellos que animan, ocupan o recorren estos lugares, de una orilla a la otra del Mediterráneo.

Ya que conviene no olvidar que el intercambio no es solo instalarse en alguna parte y dialogar en pequeños círculos restringidos. El intercambio es también moverse, cruzar la calle y luego el mar, tomar el camino que conduce al otro. No son solo los estudiantes, los colegiales, los profesores, los investigadores los que deben moverse, existen esos hombres y mujeres que constituyen lo que se llama la «sociedad civil», cuyas diferencias culturales, competencias y conocimientos técnicos deben ofrecerse para ser compartidas. Y ¿qué puede ofrecerse para ser compartido sino, en primer lugar, la generosidad y el esfuerzo colectivo? Se cuentan por millares las asociaciones locales de ambos lados del Mediterráneo. Cada una tiene su carácter, su identidad cultural, sus conocimientos. Se puede avanzar mucho en el diálogo y la comprensión gracias a la acción, a menudo ejemplar, de estas asociaciones, en particular en la esfera humanitaria y de la solidaridad social. Pero estas asociaciones están aisladas, carecen de recursos e, incluso, de apoyo público, mientras que ejercen a veces misiones que deberían ser competencia del poder público.

Corresponderá a la Fundación trabajar para facilitar la creación de este tipo de asociaciones, en particular indicando a sus impulsores las vías de acceso a la financiación pública, y fomentar su permanencia. Su papel es esencial para el diálogo de las culturas ya que permite la apropiación de este diálogo por la sociedad civil en su base. La Fundación deberá también velar por romper el aislamiento de estas asociaciones, fomentando su trabajo en común y su constitución en redes.

Uno de los efectos de esta acción de fomento de la reagrupación de estas energías dispersas será un considerable desarrollo de la difusión de mejores prácticas en materia de integración social, así como el descubrimiento por las sociedades de la ribera septentrional del Mediterráneo de la riqueza considerable de los conocimientos técnicos de las culturas del Sur, en particular, en materia de salud pública y medios de expresión cultural. Este aspecto es capital y constituye una

contribución determinante de las sociedades del Sur en la dinámica de intercambio y diálogo de ambas riberas.

Esta aportación debería, por otro lado, completarse con otra contribución esencial, la de las poblaciones europeas originarias del Sur mediterráneo, que han adquirido, en sus países de adopción, competencias y conocimientos técnicos que pueden ser ventajosos para las poblaciones del Sur. En estos «nuevos europeos» existe una reserva insospechada de innovaciones profesionales de todo tipo, técnicas, científicas, comerciales, de creación de empresas, de iniciativas culturales y artísticas, que pueden servir de referencia para proyectos de asistencia técnica en beneficio de las poblaciones del Sur conducidos por sus impulsores del Norte, que están de este modo llamados a desempeñar un papel de «puente» entre ambas riberas del Mediterráneo.

En general, deben fomentarse todas las iniciativas destinadas a tender puentes que faciliten el encuentro de los imaginarios cruzados, siempre que aparezcan agrupadas y estructuradas. Tal sería el caso de otra iniciativa, que cuenta con todo nuestro beneplácito, que consistiría en incitar a la juventud de ambos lados del Mediterráneo a un «compromiso civil común al servicio de la región euromediterránea» basado en el voluntariado y centrado en la acción social, cultural y humanitaria. Inspirada en la propuesta de la Convención sobre la nueva Constitución europea de creación de un «cuerpo de voluntarios europeos de ayuda humanitaria», tal iniciativa constituiría un complemento, más que oportuno, de las distintas formas de cooperación en red que proponemos para traducir, en hechos y de manera duradera, el diálogo de los pueblos y las culturas por medio del intercambio y de la movilidad, en particular, de las nuevas generaciones.

Por último, no olvidemos que el diálogo de las culturas pasa también por el diálogo de las artes y los artistas, de los creadores y los autores, a través de sus escuelas, sus talleres, sus lugares de expresión. Corresponderá a la Fundación establecer una red activa de profesionales de las artes y las letras, de encuentros y acontecimientos que permitan dinamizar el diálogo de las memorias ancestrales y los imaginarios contemporáneos y convertir el patrimonio, no en un protagonista momificado de este diálogo, sino en el núcleo vivo de la cultura.

3.1.3. Hacer de los medios de comunicación un instrumento privilegiado del principio de igualdad y conocimiento recíproco

El papel de los medios de comunicación en el diálogo intercultural es obviamente primordial. Los medios de comunicación nutren de información la opinión pública, por lo que, en función del contenido que se le dé a ésta, de su veracidad y del peso relativo de los distintos elementos de la actualidad, en realidad la crean, determinando, en gran parte, el éxito o el fracaso de una empresa tan ambiciosa como el diálogo de las culturas. Una acción específica en este campo de actividad viene, pues, necesariamente a apoyar las orientaciones definidas anteriormente y constituye, hasta cierto punto, la herramienta de acompañamiento posterior, la culminación de un esfuerzo colectivo encaminado a suscitar nuevas capacidades en la sociedad civil para dialogar sobre una base de razón y conocimiento. Puesto que lo importante, en este caso, no es tanto el funcionamiento de los propios medios de comunicación y su relación, por ejemplo, con la ley del mercado como el impacto del contenido de la información que se vehicule en la opinión pública y, consecuentemente, en su capacidad de diálogo. Es preciso, sin embargo, evitar un escollo considerable: en cuanto se habla de contenido de la información, uno puede sentirse tentado de considerar su impacto en virtud exclusivamente de un criterio bastante simplista: ¿qué dice la información? ¿mentira o verdad? La respuesta sería efectivamente sencilla si el concepto mismo de verdad respondiera a criterios comunes. Por supuesto, no es éste el caso. Cada cual tiene su verdad y su idea de la mentira y aun cuando se trate de hechos brutos, testarudos e irrefutables

relativos a una realidad visible o vivida, la forma en que se presenten puede hacerlos pasar de la condición de verdad resplandeciente al de mentira comprobada. Ante un peligro tal, el papel de los medios de comunicación no sólo es crucial sino que presenta una dificultad extrema. Ser periodista hoy en día supone una especie de apuesta, un reto diario, en el que, en definitiva, la condición que debe cumplirse para superarlo no es tanto la información bruta como la cantidad y la pertinencia de las informaciones puestas a disposición del público para que pueda emitir un juicio equilibrado. La acumulación de informaciones puede tener un efecto negativo cuando éstas superen, en cantidad, un límite máximo, más allá del cual el exceso de información produce una especie de fatiga de la capacidad de juicio y una reacción de rechazo. Pero ¿dónde comienza el exceso de información? y ¿dónde acaba la carencia de la misma? La cuestión se plantea con agudeza en este medio de la comunicación mediática sometido a la enorme presión del mercado y de los criterios de rentabilidad inmediata. Ante esta presión, es grande el riesgo de olvidar su papel esencial, complementario del de la educación, el de formador del pensamiento crítico y de la mirada crítica. Es necesario hacer hincapié en este concepto capital de mirada crítica. La lectura de la imagen se aprende del mismo modo que la lectura de la escritura. El lenguaje de la imagen, tan poderoso hoy en día, debe ser objeto de una formación a todos los niveles y en todas las categorías de edad.

Aunque los medios de comunicación ciertamente no pueden, por sí solos, paliar las insuficiencias del sistema educativo a este aspecto, sin embargo, pueden agravarlas o, por el contrario, ponerles remedio. Todo depende de la conciencia que los profesionales de la comunicación tienen de su responsabilidad en esta formación del pensamiento y de la mirada crítica del público. De ahí la necesidad de formar profesionales conscientes de su responsabilidad en la materia. Esta necesidad no se limita, por otra parte, a los medios de comunicación en sentido estricto del término (prensa escrita y audiovisual). Se extiende a todos aquellos que, en virtud de un título u otro, contribuyen a la formación del espíritu crítico del público, en particular, los profesionales de la edición y del cine.

Desde este punto de vista, pedimos, en primer lugar, que las autoridades públicas de nuestros países inciten a las escuelas de periodismo, las escuelas de cine y las escuelas de preparación a los oficios de la edición a desarrollar enseñanzas sobre la diversidad cultural, la formación del público al diálogo de las culturas, al pensamiento y a la mirada crítica. Una acción de este tipo podría servir de complemento de las iniciativas adoptadas en favor de los periodistas del Sur en el marco de la iniciativa europea para la democratización y los derechos humanos.

Pedimos asimismo a las autoridades públicas que apliquen programas específicos de apoyo al desarrollo o, incluso, a la supervivencia (tanto en términos de producción como de difusión), dentro del mundo editorial, de los sectores especializados en la divulgación científica, los estudios universitarios y literarios, el acceso a las culturas extraeuropeas y la traducción de obras de referencia en la materia. Lo mismo cabe decir, en el mundo del cine y la televisión, respecto del sector especializado en documentales, que, por otro lado, habría que incitar a que produjera y difundiera películas sobre el arte de vivir en el Mediterráneo, los oficios, los conocimientos técnicos tradicionales, la creación artística y musical y el papel de las mujeres en el Mediterráneo. Esta acción podría reforzar las existentes en el marco de Euromed Audiovisual.

Proponemos igualmente que, por medio de los respectivos pliegos de condiciones, se invite a las cadenas de televisión a asumir sus responsabilidades en la formación de la opinión pública, en el sentido de desarrollar una mirada crítica, mediante la multiplicación de medidas concretas tales como: creación de «teleclubs», participación de los jóvenes en la concepción de emisiones, basándose en los esfuerzos y la experiencia adquirida en materia de divulgación científica, en particular en ciencias humanas, en las cadenas dirigidas al gran público.

Por último, en el ámbito específico de la cooperación, insistimos ante la Comisión para que, basándose en el programa Euromed Audiovisual, se plantee apoyar la promoción de canales y enlaces de difusión local en los países del Sur e, incluso, fomentar la creación de «cadenas de vecindad» que puedan contribuir al refuerzo del papel de puente de las poblaciones europeas inmigradas con los países del Sur de los que sean originarias, previniendo, al mismo tiempo, el riesgo de desviaciones particularistas. Con este mismo espíritu, pedimos a la Comisión que estudie una fórmula de apoyo a la instalación de una o varias cadenas de televisión multilingües no codificadas en los satélites mediterráneos existentes como ARAB SAT.

Como corolario, sería oportuno contar con un instrumento de supervisión de los resultados de las medidas en el ámbito de los medios de comunicación, bajo la forma de un Observatorio de los medios de comunicación dependiente de la Fundación.

3.2. Hacer de la Fundación el agente del Diálogo

i) El Diálogo de los pueblos y las culturas en el espacio euromediterráneo necesita un aliento continuo. Requiere las labores de una especie de vigía o, incluso, un agente, que vele por mantener el rumbo en las tormentas y sostener el hilo que une a los distintos protagonistas, numerosos y dispersos, del Diálogo.

Este agente es la Fundación Euromediterránea sobre el Diálogo de las Culturas, cuya creación se prevé que tenga lugar con ocasión de la Conferencia Euromediterránea de los Ministros de Asuntos Exteriores de Nápoles de los días 2 y 3 de diciembre de 2003.

Consideramos que esta Fundación debe desempeñar un papel central en todo el proceso de instauración del Diálogo de las Culturas en el espacio euromediterráneo, tal como lo concebimos. No obstante, este papel central, esta capacidad de combinar las distintas fuerzas del Diálogo, de estimular y reunir energías dispersas, depende de las funciones, los recursos y los poderes que se le confieran por los responsables políticos.

Para ello la Fundación debe poder desempeñar, sin restricción alguna, tres funciones esenciales. Deberá, en primer lugar, ser la guardiana de los valores y principios de acción del Diálogo, el conjunto de los cuales constituirá su «**equipo lógico**» de funcionamiento: esto significa que estos principios se apliquen concretamente, contando, en particular, con los enlaces necesarios en un nuevo marco institucional (véase supra, apartado 2.4.), y que la Fundación esté consecuentemente en condiciones de ejercer su capacidad de interacción en aplicación directa del principio de enriquecimiento mutuo. En segundo lugar, su «**pliego de condiciones**» debe garantizarle poder, por una parte, promover, impulsar y coordinar todas las acciones e iniciativas que respondan a estos principios y, por otra, evaluar la conformidad de cualquier iniciativa en curso con dichos principios. Si quiere ejercer plena y provechosamente su función de evaluación, la Fundación deberá dotarse rápidamente de métodos y criterios apropiados y, por lo tanto, disponer de los recursos necesarios para aplicarlos.

Si bien la decisión política en cuanto al estatuto, la estructura y la ubicación de la Fundación compete, evidentemente, a los Ministros de Asuntos Exteriores reunidos en Nápoles, nos corresponde, en cambio, decir claramente cuáles son, a nuestro modo de ver, las **condiciones** en las que podrá ejercer válidamente la misión que se espera de ella.

Sin ser por ello un proveedor de fondos, la Fundación gestionará actividades, así como redes de agentes de la sociedad civil, bien directamente, bien a través de redes nacionales bajo su

coordinación. Les garantizará el apoyo intelectual mediante la organización de encuentros y acontecimientos culturales y el intercambio de las competencias y los conocimientos existentes. Ejercerá funciones de enumeración de las necesidades y evaluación de los resultados, de detección y reunión de las energías disponibles en la sociedad civil, de recogida y difusión de la información y de estímulo a la comunicación virtual. Recomendará a los Gobiernos las acciones que deban apoyarse y cuya pertinencia se habrá determinado por ella previo el correspondiente análisis.

¿Bastan estas funciones, por importantes que sean, para hacer de la Fundación el agente del Diálogo, su **herramienta de dinamización**, el **catalizador de energías** que todos deseamos?

No es posible responder con certeza a esta pregunta en el estado actual del proceso de creación de esta Fundación.

ii) La amplitud de las necesidades es tal que es legítimo preguntarse sobre la capacidad de la Fundación para responder a las exigencias y las aspiraciones que suscita si no se cumplen una serie de condiciones.

La primera condición es la de la independencia, garantía de credibilidad y legitimidad.

Más allá de la independencia formal, frente a los Gobiernos, las instituciones internacionales y los poderes económicos, que es necesaria y debe consagrarse y, por lo tanto, garantizarse por un oportuno acto jurídico internacional, es preciso que la Fundación goce de independencia financiera y de gestión, por una parte, y de independencia conceptual, por otra.

La independencia financiera y de gestión significa que no puede haber interferencias de las autoridades de tutela en las opciones de la Fundación en cuanto a la forma en que decida utilizar los fondos que se le hayan asignado ni en la selección de sus socios. La Fundación debe rendir cuentas, demostrar los resultados en la medida en que sean mensurables, pero, en ningún caso, se le debe imponer una asignación previa de sus recursos presupuestarios. La misma norma debería valer para las redes nacionales bajo su coordinación.

La independencia conceptual es también capital. Ninguna consideración de oportunidad política o de interés particular puede desviar la Fundación de su misión en este ámbito. Su libertad de pensar, proponer, dialogar, elegir metodología, campo de actividad, socio intelectual debe ser total, ya que, de lo contrario, no será escuchada, ni considerada, ni siquiera tomada en serio.

La segunda condición es la de la adecuación de los recursos financieros y administrativos a las necesidades. La Fundación debe evidentemente disponer de recursos importantes a la altura de lo que está en juego. Sus actividades van a costar caro. Requiere personal cualificado, que pueda desempeñar un papel catalizador de las actividades realizadas por la correspondiente red y apoyarse en un comité científico de altísimo nivel capaz de dotarle de una legitimidad intelectual incontestable en sus relaciones con sus socios, los oportunos gestores, los expertos en cuestiones internacionales, culturales y religiosas. Precisa igualmente de recursos financieros de funcionamiento en consonancia con la misión que se le asigne. Organizar encuentros, introducirse a fondo en el tejido social de 27 países, administrar redes, archivos, bibliotecas virtuales, mantener contactos permanentes con universidades, centros de investigaciones, ONGs, asociaciones locales, supervisar, planificar, velar, día a día, por que progrese el aprendizaje del diálogo en los jóvenes, la formación de los profesores, la evolución de los medios de comunicación, los hermanamientos escolares, todo eso cuesta tiempo, trabajo, dinero. La decepción que originaría el fracaso por insuficiencia de recursos sería pareja a las aspiraciones suscitadas.

Por ello resulta indispensable autorizar el recurso, a largo plazo, al mecenazgo privado, que consideramos una opción que permite dotar a la Fundación de los recursos adecuados a la ambición que se le debe asignar. La Fundación, así pues, ha de poder percibir fondos de origen privado en una proporción que le corresponderá decidir a la Conferencia Ministerial Euromediterránea, aun cuando debería situarse a un nivel sustancial. La diversidad de fuentes de financiación será, a un mismo tiempo, garantía de autonomía e índice del arraigo de la Fundación. En efecto, el atractivo, la originalidad y la eficacia de sus iniciativas será lo que determine el apoyo de los operadores privados.

La tercera y última condición, es la visibilidad. Es necesario que la Fundación pueda identificarse con un lugar, un lugar visible y legible, cualquiera que sea la elección. No cumplir este imperativo, no permitirle al público leer sin intermediarios, únicamente por la claridad del mensaje, las intenciones y los resultados del diálogo, negarle cualquier signo definitorio del «objeto» Fundación (un edificio, unas caras) sería condenar a ésta a la nebulosa y al rápido olvido rápido.

¿Se cumplen o se cumplirán estas condiciones? Lo que está previsto actualmente, en particular, en el presupuesto, no induce al optimismo. En Nápoles, sin duda, aunque también en otras esferas, los Gobiernos deberán demostrar mucho más valor político y visión si se quiere garantizar la viabilidad, y posteriormente el éxito, de este proyecto con carácter duradero o, lo que es lo mismo, responder a las aspiraciones. Si, a falta de dicha voluntad política y de los recursos necesarios, la Fundación no estuviera en condiciones de desempeñar el papel determinante que le corresponde, sería mejor renunciar a un proyecto que no estaría a la altura de las ambiciones proclamadas y cuya vacuidad tendría un efecto devastador en las opiniones públicas y desmovilizador para las sociedades civiles. La falsa apariencia sería la coartada de un inmovilismo destructivo.

3.3. Condiciones de éxito, riesgos y consecuencias de nuestras propuestas

Nuestra ambición, nuestro reto, nuestra voluntad de renovar a fondo, y de manera decisiva, el diálogo de los pueblos y las culturas en el espacio euromediterráneo están a la altura del desafío al que nos enfrentamos: son enormes.

Se trata nada menos que de la **paz**, no la paz de los tímidos y los débiles, no la paz del miedo y la huida, la paz de la indiferencia y la ignorancia, sino la paz de los fuertes y los valientes, la del coraje y la convicción, de la curiosidad y del conocimiento.

La primera condición del éxito de la empresa, por lo tanto, es que aquellos a quienes va dirigida nuestra llamada, los responsables políticos y los protagonistas de la sociedad civil, no solamente la escuchen, sino que la integren en su propia visión, se la apropien y la traduzcan a actos responsables e inmediatos.

La urgencia apremia. La urgencia comienza mañana y no acaba pasado mañana. La urgencia reside igualmente en la conciencia diaria del esfuerzo continuado. La urgencia desafía el tiempo y requiere paciencia, sin la que se corrompe en improvisación y objetivos a corto plazo. El diálogo es un proceso que se construye y se alimenta. Se exige ciertamente voluntad política para iniciarlo, pero, sobre todo, se requiere valor político para proseguirlo.

El valor, el de los responsables y el de los protagonistas, es la condición de la supervivencia del Diálogo. Hace falta efectivamente coraje para decir alto y claro que la **cultura es soberana** y debe, como alimento del Diálogo, consagrarse con letras imperecederas en el altar de la acción política y recibir finalmente su estatuto de prioridad natural del Desarrollo.

El valor no deja de ser necesario ya que el propio Diálogo presenta ciertos riesgos.

El riesgo principal, es el autismo, la negativa de cualquiera de los socios potenciales a imaginar este diálogo, la rigidez de identidades muy intensamente heridas, humilladas por el pasado colonial o la arrogancia contemporánea, encerradas en certezas políticoreligiosas, unas «culturas alienadas, reducidas a ideologías puras y duras», demasiado fuertes para ser cuestionadas. Cuestionar es ya dudar, y la duda es insoportable para algunas conciencias cuya libertad se ha transformado en un coto cerrado. Esta última actitud no es, en sí misma, condenable y puede, incluso a veces paradójicamente, conducir a comportamientos admirables, pero también a desviaciones terroríficas, en el sentido propio de la palabra, el de la propagación del terror por el encadenamiento de reflejos colectivos irreprimibles, que se organizan en fanatismos y desembocan en la **VIOLENCIA**.

La violencia es el enemigo del diálogo y este enemigo está presente en tanto el diálogo no lo ha extirpado de las almas, justificando de ese modo el valor de los que lo prosiguen.

Si la violencia es el enemigo del diálogo, su genio perverso es el desaliento, el de los pueblos desengañados, las elites escépticas y los dirigentes que ya han dejado de atreverse. La hermana gemela del desaliento es la desconfianza recíproca, en particular la que acecha a los Estados celosos de su identidad y su independencia incluso formal, dañada por la globalización y amenazada por las migraciones, que procuran preservar mediante políticas de protección desesperadas en contra de la sociedad civil, cuya voz se oye cada vez con mayor fuerza, a la vez que en contra de los otros Estados, culpables de injerencia o culpables de pobreza migrante.

¿Cómo fomentar la movilidad, la curiosidad, el gusto por descubrir al otro y cruzar las fronteras, si se pretende «proteger» estas con prácticas (algunas políticas de visados) que desalientan las mejores voluntades?

Todo es cuestión de fronteras, nacionales, locales, morales, mentales. Cruzarlas es el reto que nos proponemos superar. Una de estas fronteras es omnipresente y puede, por sí sola, arruinar nuestras esperanzas: es la distancia infranqueable entre las elites intelectuales, políticas y económicas y todos aquellos que no han tenido la oportunidad de recibir la aureola de un título o la unción de una herencia. Si el diálogo que queremos establecer entre el Norte y el Sur del Mediterráneo no consigue «*introducirse en la vida ordinaria y cotidiana*» del pueblo, habremos fracasado. Asimismo habremos fallado si la riqueza y la pobreza siguen observándose desde la desconfianza por una parte y la indiferencia por otra. La frontera entre ricos y pobres es también una frontera cultural: si continúa en el estado actual, seguirá alimentando el resentimiento, el odio, la violencia y anulará nuestros esfuerzos. El diálogo no es, al fin de cuentas, sino una cortesía. «*¿Cómo volver a aprender la cortesía de los Reyes, que se considera la más elevada, si sigue habiendo tantos siervos y criados?*»

El diálogo, sin embargo, no consiste en palabras vagas e inútiles promesas. Requiere contactos, desplazamientos, encuentros, proyectos, animación de redes, todo tipo de acciones diarias y exigentes, que cuestan. Nuestros esfuerzos serán inútiles si no contamos con el dinero para pagar a los hombres y financiar las necesidades materiales y logísticas. La necesidad de recursos financieros de la Fundación es el reflejo del de una política que, en todo tipo de acciones, exige una movilización de recursos correspondiente a los retos y a los desafíos en juego.

Cuando las ambiciones son elevadas y los retos cruciales, es preciso asumírselos y extraer todas las consecuencias financieras, aunque éstas requieran elecciones dolorosas y medidas drásticas. Sin

duda, habrá también que recurrir a la generosidad pública o al mecenazgo privado y lanzar, a tal efecto, una gran campaña de explicación y comunicación.

Las propuestas que formulamos, aunque ambiciosas, son realistas. Exigen esfuerzos específicos y, en resumidas cuentas, relativamente limitados. Es la condición de la eficacia, ya que la cantidad destruye la calidad. Por lo tanto, con un mínimo de buena voluntad de cada una de las partes interesadas, dichas propuestas han de poder obtener los medios de acción y las fuentes de financiación adecuadas.

Y luego llegará lo que viene después. Cuando el tiempo de las interrogaciones, las incertidumbres y las opciones políticas haya pasado, cuando la acción se haya iniciado, desarrollado e incluso finalizado, bajo tal o cual aspecto de medio o más largo alcance, llegará el momento de la valoración de los resultados. Se necesitará entonces un instrumento, una herramienta de evaluación que tenga en cuenta, cosa nada fácil, el carácter inmaterial, y no mensurable sistemáticamente con todo rigor científico, del impacto del diálogo. Proponemos este instrumento en forma de «**barómetro cultural euromediterráneo**», es decir, una encuesta sociológica combinada con sondeos de opinión, que deberá realizarse cada dos años, sobre las representaciones colectivas cruzadas, en una muestra de países europeos (un país del Norte de Europa, un país con fuerte concentración de inmigrantes, un país ribereño del Mediterráneo y un nuevo país miembro de la Unión Europea) y una muestra de países del Este y del Sur del Mediterráneo. La Fundación podrá sin duda alguna encargarse de esta iniciativa en el marco de sus funciones de evaluación, iniciativa que solo ella estaría en condiciones de utilizar para conducir y supervisar – a intervalos regulares – una encuesta social («social survey») basada en un análisis pormenorizado de los valores y comportamientos.

Pero antes de que llegue el después viene el antes. Del impulso del compromiso, del primer aliento de la acción, de la determinación de los primeros momentos, del valor de los responsables a la hora de decidir depende la parte fundamental: el éxito o el fracaso de una empresa que, en muchos aspectos, compromete el futuro de todos nosotros y el de las generaciones futuras.

* * * *

CONCLUSIÓN

I. El choque de las civilizaciones no es por ahora, en cualquier caso en el espacio euromediterráneo, más que una quimera instrumentada por algunos y esperada por otros.

Para que sea siempre así, a pesar de signos anticipadores inquietantes en la escena internacional, recomendamos que la cultura se convierta, sin más dilaciones, en la palanca de la aparición progresiva de un sentimiento de pertenencia común y comunidad de destino. De esta forma, Europa y sus socios mediterráneos sentarían las bases de una «conciencia cívica ampliada» basada en una lectura convergente de la historia y del patrimonio común.

Atención, si no «invertimos» desde ahora en la cultura, corremos peligro de enfrentarnos juntos a una deflagración general en la que las culturas se conviertan en rehenes al servicio de las intenciones más retrógradas y criminales.

Mientras que, si decidimos evaluar colectivamente las consecuencias de este reto virtual, dentro de veinticinco años, los pueblos de ambas riberas del Mediterráneo formarán una comunidad humana, económica y de destino, capaz de tener un peso en la historia, de modo que la globalización deje de hacer la cama a la marginalización y las frustraciones – a veces identitarias – que de la misma se derivan.

II. La esperanza que fundamos en el Diálogo entre Pueblos y Culturas no nos impide, sin embargo, estar alerta. Somos perfectamente conscientes de las dificultades, o incluso los riesgos, a los que se ha de enfrentar la aplicación de algunas de nuestras recomendaciones.

Al Norte del Mediterráneo, el riesgo es doble. En primer lugar, el riesgo sistémico de una insuficiente coherencia en la Unión Europea. Para defenderse del mismo, la UE debería poder basarse en las disposiciones pertinentes de la futura Constitución. A este primer riesgo se añade el de la persistencia de movimientos populistas y xenófobos en algunos Estados miembros, lo que podría obstaculizar la adhesión del conjunto de los veinticinco miembros de la UE a la filosofía de acción aquí propugnada.

El Sur, por su parte, dispone de pocos elementos de protección contra las consecuencias del riesgo de doble lenguaje o desvío del objeto mismo del Diálogo entre una parte de dichas elites o dentro de su sociedad civil. Solo le quedan el valor político y la voluntad de apertura, que pueden contar, como punto de apoyo, con una política de vecindad que no se quedaría «en la superficie de las cosas», sino que comprometería de manera extensiva – al lado de las estructuras de poder tradicionales – las fuerzas vivas de las sociedades civiles.

LISTA DE PROPUESTAS DE ACCIÓN

A reserva de inventario de las acciones en curso y las iniciativas ya proyectadas en otros ámbitos y, en particular, para garantizar la eficacia de algunas de ellas o completarlas, el Grupo de los Sabios ha elegido veinte propuestas de acción que declinan las tres orientaciones operativas siguientes.

La futura ***Fundación Euromediterránea*** debe, por otra parte, contar con la garantía de una independencia sin restricciones y disponer de la capacidad de expresar la diversidad de las culturas de la región, para poder instaurar y posteriormente aplicar con coherencia todas estas acciones que se dirigen a las sociedades civiles, cuya implicación requieren.

Hacer de la Educación un vector central de aprendizaje de la diversidad y del conocimiento del otro.

- El aprendizaje de la diversidad y del conocimiento del otro a partir de la escuela primaria debe basarse, en particular, en una serie de disposiciones específicas concretas, referidas a:
 1. El aprendizaje de las lenguas de la cuenca mediterránea.
 2. La reordenación de los programas con vista a una enseñanza comparativa de las religiones y las culturas.
 3. La movilidad de los niños (viajes, hermanamientos e intercambios escolares).
 4. La puesta a disposición recíproca de módulos educativos sobre las culturas, la historia y las religiones, desde la perspectiva de una instauración de programas de saberes compartidos.
- Con efectos a más largo plazo, aunque deba iniciarse en paralelo desde ahora:
 5. La refundación de las ciencias humanas y de su enseñanza en todo lo relativo a las dimensiones antropológica, jurídica, cultural, religiosa, económica, social, etc. de la historia de la cuenca mediterránea. Se trata de elaborar elementos de saberes comunes.

Esta acción debe completarse con medidas específicas concretas en los siguientes ámbitos:

6. La formación de los profesores y la revisión de los libros escolares y universitarios.
 7. La traducción de obras clásicas y de referencia.
 8. El apoyo al(a los) sector(es) de la edición comprometido(s) en las dos acciones anteriores.
 9. La creación de una Academia Euromediterránea, para dotar de base científica a las cuatro acciones más arriba mencionadas (con el apoyo de la Fundación Euromediterránea).
- La instauración de redes de saber y conocimiento recíprocos, con:

10. La multiplicación de Centros de Estudios Euromediterráneos en la cuenca mediterránea.
11. La creación de una «Red Braudel-Ibn Jaldun» de cátedras de universidad, que deberá interconectarse con la red Jean Monnet.

Promover la movilidad, el intercambio, y el desarrollo de los conocimientos técnicos, las competencias y las mejores prácticas sociales.

12. Fomento de la creación o del desarrollo de redes de lugares de encuentro «cívicos», para facilitar la mixtura social y el diálogo entre generaciones.

Elaboración, en este contexto, de mecanismos que favorezcan la expresión de las diferencias culturales en la esfera pública, de modo que entre todos los participantes se cree un sentimiento de pertenencia común en la dignidad y el reconocimiento recíproco.

13. Fomento de un mayor papel de las asociaciones locales, en particular en materia de acciones de solidaridad.
14. Constitución de una red de estas asociaciones locales (véase supra, propuesta 13) para fomentar las «mejores prácticas» en materia de integración social y recurrir de este modo a los conocimientos de las culturas locales y regionales, en particular en materia de salud pública (ancianos, por ejemplo) y diferentes modos de expresión cultural.
15. Incitar a la juventud de ambas riberas a un «compromiso civil común al servicio de la región euromediterránea», bajo la denominación de «Compromiso civil de la juventud euromediterránea», basado en el voluntariado.
16. Consolidar el papel de vigía de la Fundación Euromediterránea mediante la constitución en su seno de una «célula de vigilancia»/task force encargada de enumerar las «mejores prácticas» sociales y de diálogo intercultural con objeto de comprobar la viabilidad de su extensión a una escala más amplia. Esta célula de vigilancia tendrá también por misión recoger nuevas ideas y sugerencias con el fin de que la Fundación contribuya a la elaboración de propuestas concretas.

Hacer de los Medios de comunicación un instrumento privilegiado del principio de igualdad y conocimiento recíproco.

17. Incentivos al desarrollo de enseñanzas sobre diversidad cultural en las escuelas de periodismo, escuelas de cine y escuelas de formación a los oficios de la edición.
18. Estructuración y formación de la «opinión pública»/los telespectadores mediante la multiplicación de medidas concretas puntuales:
 - instauración de «teleclubs»
 - participación de los jóvenes en la concepción de emisiones, a partir de los esfuerzos y la experiencia adquirida en materia de ***divulgación científica*** (que debe inscribirse en el pliego de condiciones de las cadenas de televisión para que estas emisiones sean atractivas y produzcan el impacto esperado).

19. Favorecer la producción de emisiones específicas en las cadenas dirigidas al gran público – en virtud de la vulgarización arriba mencionada – así como la producción y la difusión de películas del Mediterráneo y sobre el Mediterráneo.
20. Basarse en el programa Euromed «Audiovisual» para:
- Promover canales y enlaces de difusión local en los países del Sur y, más allá, fomentar la creación de «cadenas de vecindad» según modalidades que fomenten el papel de **puente** entre las poblaciones inmigradas y los países del Sur de los que sean originarias, previniendo al mismo tiempo el riesgo de «comunitarismo».
 - Apoyar, mediante una cofinanciación de la UE., la instalación de una o varias cadenas de televisión, multilingües y no codificadas, en los satélites mediterráneos existentes.
 - Suscitar la instauración de un Observatorio de los Medios de Comunicación, dependiente de la Fundación Euromediterránea y gozando como ella, por lo tanto, de total **independencia**.

* * * *

LISTA DE MIEMBROS DEL GRUPO DE SABIOS

Copresidencia:

Assia ALAOUI BENSALAH
Jean DANIEL

Miembros:

Malek CHEBEL
Juan DíEZ NICOLÁS
Umberto ECO
Shmuel N. EISENSTADT
George JOFFÉ
Ahmed KAMAL ABOULMAGD
Bichara KHADER
Adnan Wafic KASSAR
Pedrag MATVEJEVIC
Rostane MEHDI
Fatima MERNISSI
Tariq RAMADAN
Faruk SEN
Faouzi SKALI
Simone SUSSKIND-WEINBERGER
Tullia ZEVI

Grupo de Trabajo y reflexión

(encargado de apoyar al Grupo de Sabios)

Léonce BEKEMANS
Yudhishthir Raj ISAR
Philippe RATTE